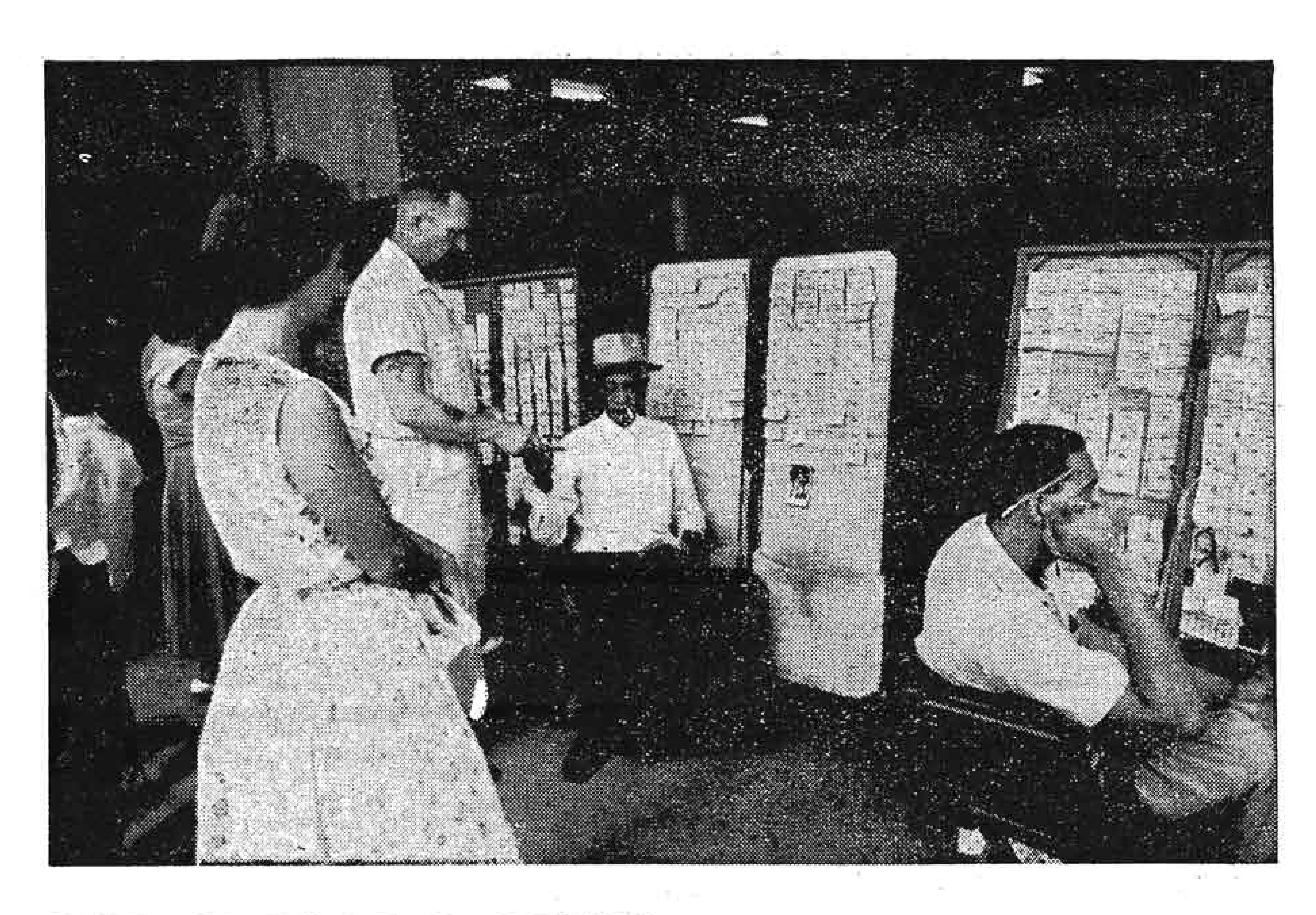
LUNES DE REVOLUCION

COLON, PANAMA: UNA CIUDAD CONDENADA POR EL DOLAR



POR GREGORIO ORTEGA

COLON, PANAMA: UNA CIUDAD CONDENADA POR EL DOLAR

Del otro lado de la línea del ferrocarril, frente a la Estación de Colón, entre una reja de hierro y una playa de piedras, hay un barrio de casas "brujas". Llaman casas "brujas" en Panamá a los tugurios de tablas podridas y latones oxidados que surgen como por encanto, de la noche a la mañana, en las afueras de las ciudades.

Buscamos el extremo de la reja de lanzas puntiagudas y entramos en Playita, la barriada "bruja" de Colón. Bajo dos mangos hay varios botes fabricados por métodos primitivos, tallados en una sola pieza en el tronco de un árbol. Junto a ellos un anciano negro teje una red. Tenemos que agacharnos para no rozar la ropa recién lavada tendida en sogas, y vamos andando entre las casas levantadas con los desechos de la ciudad, arrumbadas entre montones de piedras, plátanos y cocoteros, como los maderos que va dejando la resaca en las playas. A veces debemos inclinar la cabeza para que no nos corten sus techos de viejas planchas corrugadas sostenidas contra el viento por piedras. En un portal cuatro mujeres juegan a la lotería. ("Al bingo, a cinco centavos", nos dice un muchacho). Varios niños nos rodean pidiéndonos "reales". Por las ventanucas sale un humo espeso y negro y frente a los fogones se ven negras de ojos enrojecidos moviendo cacharros. Sobre un puente de tablas forcejean varios jóvenes, luego se lanzan al agua. Botes volcados, botes entre las piedras, velas secándose al sol, y negros, decenas de jóvenes, ancianos y niños, sentados en troncos o sobre piedras, en el umbral de las casas o frente al mar, hablando, discutiendo, jugando. Son las diez de la mañana. Son hombres sin trabajo.

Esto es lo primero que impresiona en Colón. Las calles están llenas de hombres que conversan en las esquinas, o se sientan en los contenes de las aceras o en los bancos de los parques, con los brazos cruzados, sin saber qué hacer con su tiempo. Colón es una ciudad de desempleados. Una ciudad donde predominan los jamaicanos y barbadenses, traídos para las obras de la Zona del Canal y que al terminar o aminorar éstas han quedado varados en las calles y casas de inquilinato de Colón. No han aprendido el castellano, que no les hizo falta para trabajar en la Zona, y sus hijos se expresan en una extraña jerga, mezcla del inglés antillano que se habla en sus casas, el francés de Martinica que dejó el fracaso del Conde de Lesseps y el español que les enseñan en las escuelas y escuchan por las calles. Esta característica de ciudad bilingüe la arrastra Colón desde su origen. ¡Hasta para denominar la ciudad se propusieron dos nombres cuando se fundó!

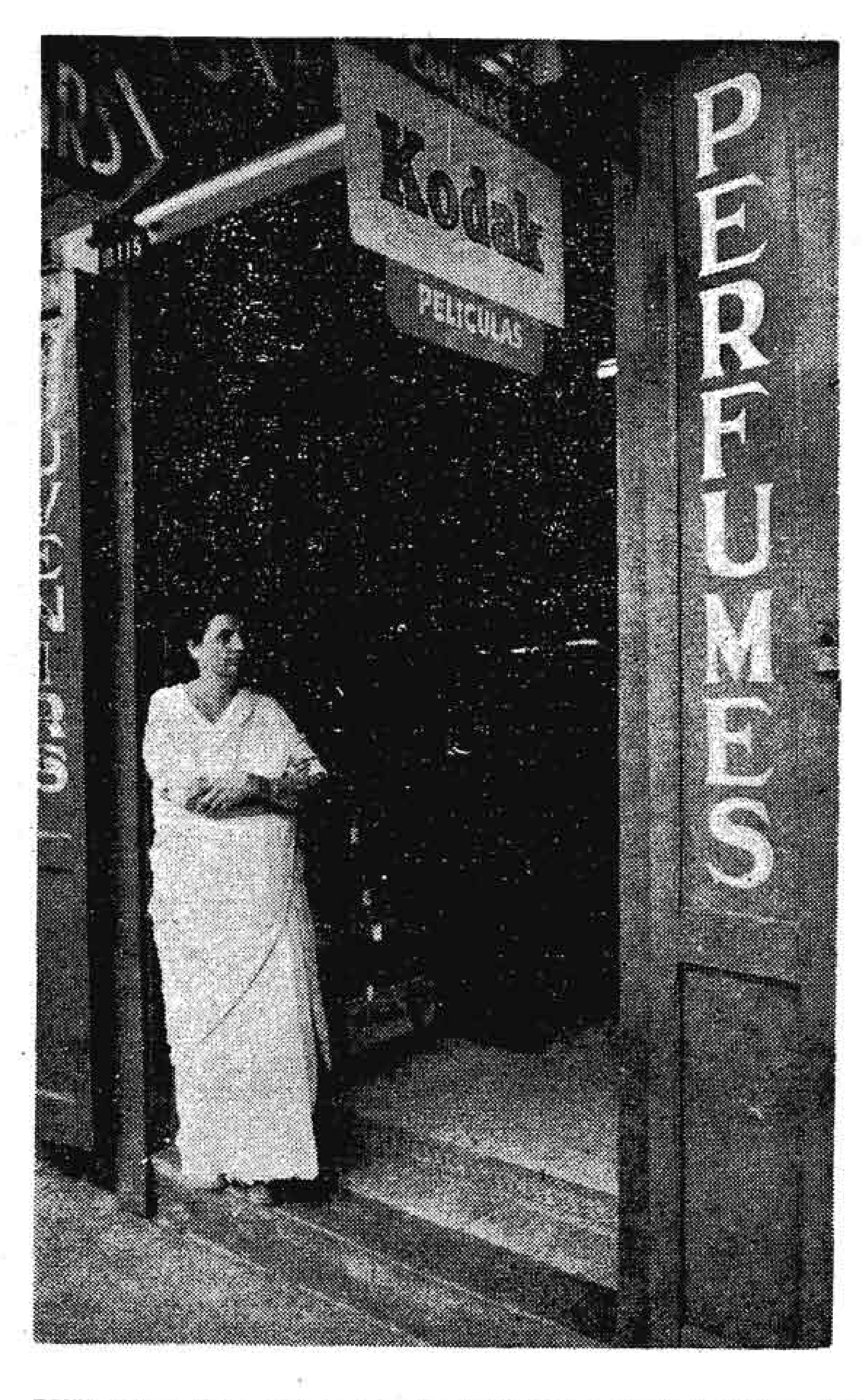
La ciudad de Colón se fundó el 29 de febrero de 1852, al colocarse la piedra angular del primer edificio de mampostería en la terminal atlántica del ferrocarril que uniría las dos costas del Istmo. Como punto de partida de la línea férrea en el Mar Caribe se escogió la isla de Manzanillo en la bahía de Limón, cerca de la boca del Río Chagres. Allí, desde luego, habría de surgir una población portuaria y había que escogerle nombre. El doctor Mariano Arosemena Quezada propuso en la Cámara legislativa panameña que se llamara Colón, en honor del descubridor de América. Pero los ingenieros de la empresa ferroviaria quisieron ponerle el de uno de sus directores, Aspinwall. La Cámara Provincial rechazó la ocurrencia y el gobierno colombiano (entonces Panamá formaba parte de Colombia) prohibió llamar Aspinwall a la población, llegando a ordenar a las oficinas postales que rechazaran toda correspondencia dirigida con ese nombre. Fue así como llegó a imponerse el nombre de Colón.

LA CIUDAD SITIADA

La ciudad está enclavada en medio de la Zona. Un cerco de bases aéreas y navales, de campamentos militares, líneas férreas y almacenes, la rodea. Hasta las aguas en torno a la isla están bajo jurisdicción norteamericana. En cualquier dirección que se camine se topará uno con el rótulo NO TRESPASSING. O este otro: US RESERVATIONS ARMY. Para entrar o salir de Colón, los panameños tienen siempre que atravesar territorio de la Zona del Canal.

Hay varias calles en las cuales por una acera se anda en suelo panameño y por la otra se camina bajo el pabellón de las barras y las estrellas. Pero hay una en donde los dos mundos se revelan en forma tan descarnada que no puede pasar inadvertido para nadie. En esta calle, el lado norteamericano está ocupado por los locales del "Army and Navy Young mens Christian Association", "First Church of Christ, Scientist" y "The Chase Manhattan Bank, New York". En la acera de enfrente se alinean cantinas, bares y cabarets. "Bar Trópico", "Dog House", "Bar Cantina Casanova", "Café Olimpia", "Copacabana Club", "Cantina Taboga", "Club Atlántico", "Club Florida", "Salón Broadway Bar". Lugares donde los soldados y empleados de la Zona pueden encontrar tragos baratos y mujeres de todos los colores, de todas las facciones, y algunas que a fuerza de tener pueblos mezclados en sus venas resultán indefinibles. Porque Colón es un crisol donde se funden los más lejanos ingredientes, costa donde se pudre bajo el sol tropical la resaca de todos los burdeles y puertos del mundo. En las puertas de los cabarets hay fotografías de rumberas y se anuncian bailarinas con nombres exóticos. A la entrada del "Café Missouri" se lee: "Tattooing Studio. Tony the artist". Aquí, además, se hacen tatuajes.

Colón ha sido relegada durante medio siglo a dos actividades específicas: ofrecer distracción al personal de la Zona y suministrar mano de obra barata para el Canal y los campamentos militares. Su prosperidad o miseria ha dependido siempre de los vaivenes del Canal. Durante su





construcción hubo abundante trabajo, fue cuando se produjo la enorme inmigración de antillanos, luego la ciudad languideció, hasta la Segunda Guerra Mundial en que cobró nueva vida con la numerosa tropa acantonada en la Zona y la instalación de un tercer juego de esclusas. Ahora, reducida la tropa y no existiendo en la Zona otra labor que la de mantenimiento de la vía, la ciudad duerme con hambre. El desempleo es pavoroso. Colón es la población que tiene el índice de desempleo más alto de Panamá.

LA MARCHA DEL HAMBRE

Esta fue la causa de la famosa Marcha del Hambre realizada por cerca de dos mil desocupados en octubre del pasado año. Salieron de Colón y caminando, en una noche recorrieron las cincuenta millas de carretera hasta la capital. Allí, después de recorrer las calles de la ciudad y lograr que se les unieran los desocupados de Panamá, forzaron a la Asamblea Nacional a que escucharan sus demandas. Cuando ésta acordó pasarlas a una Comisión para que las estudiara y suspendió después la sesión por falta de quórum, se formó una gran algarabía, estimando los manifestantes que se burlaban de ellos. Los diputados abandonaron el salón y los desempleados se apoderaron del mismo. Por aclamación popular escogieron entre ellos, nuevos diputados y cuando se disponían a deliberar, la Guardia Nacional irrumpió en el edificio desalojándolos violentamente.

Hablamos con Andrés Galván L., presidente de la Unión Sindical de Trabajadores de Oficios Mixtos de Colón, y con Leonardo Carrasco, secretario general de la Unión Sindical de Choferes, organizadores de la Marcha de Hambre, y les preguntamos cuáles eran las principales demandas de los manifestanes.

—Eran cuatro —nos dice Leonardo Carrasco— Salario mínimo de cincuenta centavos por hora en toda la República para obreros no calificados; rebaja de los alquileres en un cincuenta por ciento; ley de Código Agrario y creación de nuevas fuentes de trabajo.

LAS FAMILIAS OBRERAS HACEN UNA COMIDA DIARIA

Andrés Galván nos explica la importancia de cada una de estas demandas.

—La situación de los trabajadores panameños es insoportable. Debido al extenso desempleo, cada obrero tiene que sostener toda la familia, incluyendo a los hermanos y parientes lejanos. A veces tiene que mantener hasta diez personas. Aunque el costo de la vida sube constantemente, hace veinte años que no se elevan los salarios. La mayoría de las familias obreras hace sólo una comida diaria. Un hombre necesita ganar alrededor de ciento cincuenta balboas (el balboa está a la par del dólar) para que pueda vivir decorosamente su familia. Sin embargo, la mayoría gana treinta o veinte balboas. Los sectores mejor pagados están cobrando a razón de veinticinco o treinta centavos la hora de trabajo. Las mujeres que laboran en los talleres de confecciones ganan dieciseis centavos por hora, sólo por excepción llegan a cobrar hasta veintidós. Los empleados de refresquerías y restaurantes ganan un balboa diario. .

—La primera demanda, aunque parcialmente, está en vías de ser satisfecha —nos dice Leonardo Carrasco, y añade: —La Asamblea Nacional acaba de aprobar una ley señalando el salario mínimo en cuarenta centavos por hora para ciudades de Panamá y Colón, de veinticinco centavos para el resto de las zonas urbanas y de un bolívar cincuenta centavos diarios para las explotaciones agropecuarias. Esta regulación es provisional. Regirá hasta que la Comisión Nacional de Salarios Mínimos fije la escala por regiones e industrias. Tiene seis meses de plazo para señalar los salarios para Panamá y Colón y un año para el resto de la República. Esperamos que ahora trabaje, porque lleva once años de creada y todavía tiene la escala en "estudios".

—Conseguir esta ley nos costó muchos esfuerzos. Todos los sindicatos de Panamá y Colón tuvieron que movilizarse. Todos los sindicatos... menos los controlados por la O.R.I.T., por supuesto. Esos no responden más que a los intereses de las empresas norteamericanas.

LAS CASAS DE INQUILINATO

—¿Y cuál es el problema de los alquileres? —preguntamos.

—Baste decirle que hay casas de inquilinato en las cuales se cobra un alquiler mensual equivalente al costo de construcción. Fueron fabricadas en tiempos de los trabajos del Canal Francés, en la última década del pasado siglo. Caserones de madera antihigiénicos que se están derrumbando. En esos edificios, verdaderas colmenas humanas, se cobran quince balboas mensuales por cuarto. En cada habitación viven hacinadas varias generaciones. Aquí en Colón encontrará calles enteras de casas de ese tipo. Y en la ciudad de Panamá forman los antiguos barrios de Calidonia, Marañón y Chorrillo. ¿Cómo pueden pagar estos alquileres obreros que ganan veinte o treinta balboas mensuales? Como estas casas de inquilinato se encuentran en estado ruinoso y constituyen un verdadero peligro para sus moradores, han sido condenadas a demolición por la Oficina de Seguridad. Los caseros saben esto y amenazan a los inquilinos cuando se quejan, de desalojarlos para derribarlas y edificar en su lugar casas de apartamentos con alquile-

res fuera del alcance de los trabajadores y las familias pobres. Cada vez que una habitación se desalquila, los caseros le aumentan el alquiler. La situación es de verdadero abuso y ha llevado al surgimiento de las barriadas "brujas" de Panamá y Colón. Ya Ud. ha visto en Colón la de Playita; en la ciudad de Panamá están la de San Miguelito, en Panamá La Vieja, que ya tiene 6 mil habitantes, la de Boca La Caja y la de Loma La Pava. En estas barriadas viven hoy cerca de veinticinco mil personas y día a día se amplían o aparecen en nuevos lugares en los alrededores de las ciudades.

—La lucha por la rebaja de los alquileres es antigua en Panamá —añadió Andrés Galván— y ha costado hasta muertos. En una ocasión para sofocarla se emplearon tropas norteamericanas. Fue en octubre de 1925, con motivo de la creciente alza de los alquileres el pueblo decretó una huelga de "no pago". Se realizaron reuniones públicas y manifestaciones de protesta. En la plaza de Santa Ana se produjo un choque entre la policía y un gigantesco desfile con el resultado de varios muertos y heridos entre los manifestantes. Los gremios obreros se solidarizaron con la huelga inquilinaria, y ante el paro general el presidente Chiari pidió la intervención de los gringos de la Zona. Las ciudades de Panamá y Colón fueron ocupadas por soldados norteamericanos. Un destacamento de seiscientos soldados penetró en la ciudad de Panamá, en pleno zafarrancho de combate, y se enfrentó a las manifestaciones dispersándolas con fuego de ametralladora, dejando más muertos en las calles. Luego asaltó los locales sindicales e impuso el toque de queda en las ciudades ocupadas. En 1932 surgió otro movimiento similar. Se repiten los choques con la policía y los heridos y detenidos se cuentan por centenares, El presidente Ricardo J. Alfaro accede a algunas de las demandas, firma una ley de moratoria para los desempleados y exime del pago de impuestos sobre algunos de los renglones a los propietarios de casas de inquilinato. Momentáneamente logró así detener la protesta popular.

—¿Existe alguna legislación que regule los alquileres?

—Bueno, de aquellas luchas surgió una ley que creó las Juntas de Inquilinato y recientemente se ha promulgado la ley número 36 de 26 de octubre de 1959 que ha detenido la subida de precios y ofrece exoneraciones de impuestos a los inversionistas al objeto de promover la construcción de viviendas baratas. Pero todavía el problema de los alquileres es muy grave.

LOS DESALOJOS CAMPESINOS

—¿Qué fines persigue el Código Agrario?

—Regular la explotación agrícola e impedir la arbitrariedad de los terratenientes que expulsan a los campesinos de sus tierras. Veinticinco familias poderosas tienen acaparadas las mejores tierras. Son las mismas familias que controlan el comercio y la industria panameña. Las que proveen de diputados la Asamblea Nacional y poseen todos los cargos importantes del Poder Ejecutivo. Pablo Othón, el presidente de la Asamblea Nacional, y Gregorio de los Ríos, un ex diputado, son los dueños de la provincia de Darién, la región donde viven los indios chocoes. Los dueños de los diarios tradicionales del Istmo, el "Panamá-América" y "Estrella de Panamá", Harmodio Arias y Tomás Gabriel Duque, ex presidentes de la República ambos, también son latifundistas. Así como los Arosemena, Arias Paredes, la familia Sagele, la Anguisola, la Tribaldos, Cecilia Pinel, la viuda de Remón el presidente asesinado. Como tienen el poder político emplean la Guardia Nacional para expulsar de tierras que llevan cincuenta años trabajando a los campesinos. El Instituto de Fomento Económico creado para ampliar y diversificar la producción, ha sido colocado al servicio de sus intereses particulares o utilizado con fines políticos...

Angel Gómez, secretario general del Sindicato de Trabajadores de la Construcción, se nos une e interrumpiendo, enumera los últimos abusos de los terratenientes.

—Las tierras con mejores accesos, las que se encuentran al borde de las carreteras, han sido monopolizadas por los latifundistas para dedicarlas a la ganadería. Y no contentos con esto, pretenden ampliar sus fincas desalojando a todos los campesinos que estorban la extensión de sus cercas. En Quebrada Ancha, Puente de Gatún, Lago Gatún, Escobar, Limón, Monjito, expulsan a campesinos de sus fincas para meter ganado. Por supuesto, no son sólo los terratenientes los que desalojan de sus tierras a los campesinos. Las compañías extranjeras que han recibido inmensas concesiones del Estado, también recurren a la violencia contra los ocupantes de sus fincas. En 1957, quinientos campesinos de la península de Azuero, en la provincia de Veraguas, tuvieron que enfrentarse a la "Boston Coconut Company", una subsidiaria de la United Fruit, que tenía una concesión de doscientas cincuenta mil hectáreas para sembrar cocos y explotar las riquezas madereras, principalmente caobas, abundantes en la región. La compañía soltó toros bravos en sus fincas y los arrojó contra los campesinos. Estos rechazaron las manadas a tiros, se trasladaron con sus familias a la capital de la provincia y enviaron delegaciones a la ciudad de Panamá a entrevistarse con el Presidente. Manifestaron que no saldrían de sus tierras sino muertos y frenaron las apetencias de la Compañía norteamericana.

Una ligera revisión de la prensa panameña muestra la tensa situación existente en el campo del Istmo. Una información relata cómo el terrateniente Juan Birze compró en 1952 al Gobierno más de quince mil hectáreas de terreno en la región de Mariato y Quebro, caseríos de la provincia de Veraguas, procediendo inmediatamente a cercarlas con alambre de púas. Los campesinos del lugar, que llevaban más de cuarenta años cultivando las tierras, cortaron las alambradas, por cuyo hecho diecisiete de ellos fueron encarcelados bajo acusación de "atentar contra la propiedad privada". Birze, no satisfecho con la detención de los campesinos, les quemó las viviendas. El periódico gubernamental "El País", de 20 de noviembre de 1959, destacaba en titular de primera página "Terratenientes pretenden desalojar a unos campesinos". Y refería las gestiones de una comisión de campesinos de San Antonio del Aserrío, distrito de Bugaba, provincia de Chiriquí, que se encontraba en la capital con el objeto de visitar al Jefe de Estado, al Ministro de Agricultura y la Asamblea Nacional, para protestar contra los desalojos en Celmira, Capacho, San Pedro, Portón, Sueco y Quebrada de Mayo. Expresaba la comisión que aquellas tierras habían sido desmontadas hacía veinte años por numerosas familias que cuando entraron en ellas eran monte tupido, y ahora se les amenazaba de expulsión judicial.

"El Día" de fecha 24 de noviembre, también



de 1959, informaba: "Campesinos de las comunidades de Oajaca, Sofre, Atré, Larguillo y Loma Grande en la provincia de Coclé han enviado memorial al Gobierno Nacional solicitando protección contra los terratenientes, ya que estas comunidades están ubicadas en 1999 hectáreas de tierra, cultivadas por ellos por más de cincuenta años y ahora se les trata de echar de allí por la fuerza. Los residentes de las mencionadas comunidades respondiendo a la Asociación de Ganaderos de Coclé, indican que a pesar de todos los comunicados expedidos por esa organización en Coclé sí existe el problema de la tierra y que ahora, unas cuantas familias quieren agudizarlo persiguiendo a los agricultores que laboran tierras que por generaciones han sido de la nación y que ahora se quieren acaparar".

LAS CONSECUENCIAS DEL LATIFUNDIO

El origen de estos hechos es fácil descubrirlo. Veamos unos datos tomados del censo de 1950. De las explotaciones censadas, 61,289, el setenta por ciento, son de verdaderos minifundios con menos de diez hectáreas de superficie por unidad, en cambio 1,311 propiedades tienen superficies de cien o más hectáreas. El 86 por ciento de las explotaciones, con superficie de hasta veinte hectáreas cada una, ocupan una extensión de 354,936 hectáreas, lo que representa tan solo el 30.6 por ciento de la superficie total explotada; mientras que hay un catorce por ciento que detenta cerca del setenta por ciento de la superficie utilizada. Pero hay más: 61 fincas ocupan poco más de la octava parte del suelo.

El absentismo es enorme. De las 85,473 unidades registradas en el censo, sólo el catorce por ciento son explotadas por sus dueños. Y estas, desde luego, son en su gran mayoría pequeñas propiedades.

Las tierras de mayor fertilidad, las más accesibles, están acaparadas. La pequeña producción agrícola ocupa los terrenos montañosos, sin vías de comunicación, de escasa productividad. Esto determina un fenómeno muy típico del campo panameño: la agricultura trashumante. Miles de familias campesinas se mueven a lo largo del país, siembran una o dos cosechas en un lugar y luego lo abandonan cuando comienza a decrecer su productividad. Como emplean el fuego para limpiar las tierras y sus escasos medios económicos no les permite usar fertilizantes, van empobreciendo los terrenos. Por otro lado, este peregrinar les impide sembrar nada perdurable, como árboles frutales, ni criar aves o cerdos, porque les estorbaría en sus migraciones. La agricultura de Panamá, que da trabajo al 59.1 por ciento de la población ocupada, reducida a métodos rudimentarios, no pasa de ser una producción de subsistencia.

Las consecuencias inevitables de todo esto son grandes extensiones de tierras baldías (alrededor del 31.96 por ciento), enormes fincas dedicadas a pastos para ganadería extensiva (47.63 por ciento de la superficie total), y el resto de la tierra bajo un cultivo ineficiente y primitivo (1)

40,000 DESOCUPADOS Y MILES DE SUBEMPLEADOS

Queda una última demanda de la Marcha del Hambre: creación de nuevas fuentes de trabajo. Sobre ella le preguntamos a Angel Gómez.

—La respuesta es muy sencilla —nos dice— En Panamá hay cuarenta mil desocupados y miles de subempleados. No obstante ser un país riquísimo. Nuestros campos son feraces, tenemos grandes riquezas minerales inexplotadas: oro en Darién y Veraguas, plata y platino en las gravas fluviales de casi todas las provincias, importantes depósitos de zinc en el distrito de San Francisco de Veraguas. Hay un área de manganeso que se extiende desde Portobelo hasta Punta de San Blas, en el Mar Caribe, cubriendo una región de 56 kilómetros; vastos mantos de petróleo en las provincias de Bocas del Toro y Darién. Se afirma que se ha descubierto también petróleo en la Zona del Canal, pero que el Gobierno norteamericano trata de ocultarlo para evitar problemas jurídicos, ya que el subsuelo de la Zona es propiedad de la nación panameña. Además se han descubierto yacimientos de hierro, mercurio, cobre, plomo, bauxita, aluminio, y una variedad de piedras preciosas: esmeraldas, aguamarinas, amatistas y ágatas. El significado más común atribuído al nombre de Panamá en lengua indí-

gena es el de "abundancia de peces". La confluencia de las aguas verdes y calientes del trópico con las frías y azules de la corriente de Humboldt procedentes de la costa pacífica de América del Sur, provocan una sorprendente fauna marina que ha hecho legendaria la riqueza pesquera en nuestros mares. En el Archipiélago de las Perlas, del Golfo de Panamá, se han encontrado las perlas más grandes y bellas. De allí proviene la llamada "Perla Peregrina" que pesó 31 quilates y se encuentra engarzada en la Corona de España. A todos estos recursos naturales debe sumarse nuestra posición geográfica y la gran cantidad de barcos que cruzan nuestro territorio. ¿Puede haber razón entonces para el atraso económico y el elevado número de desempleados?

EL DEPARTAMENTO DE ESTADO OBJETA

Echamos a andar. En los portales del "Chase Manhattan Bank", varios norteamericanos con tatuajes en los brazos escogen números frente a los tableros de billetes de lotería. Hindúes de rostro cetrino y nariz prominente, aguardan en las puertas de los comercios para turistas. Despiertan la atención sobre todo sus mujeres, altas, hieráticas, con largas sayas y mantas ceñidas. El comercio turístico en las ciudades de Panamá y Colón está controlado por hindúes.

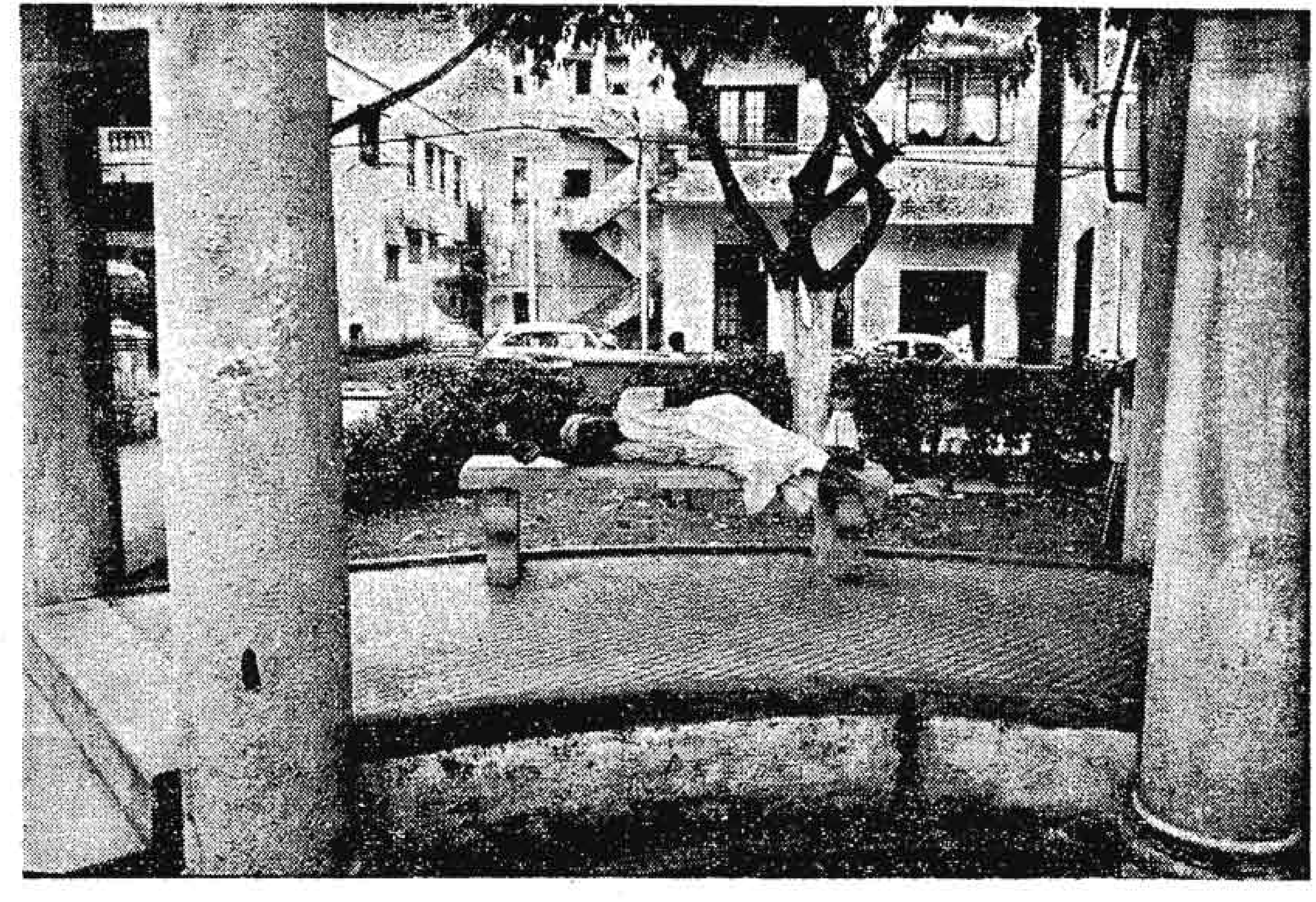
Mujeres entecas, de semblantes oscuros y ajados, ramonean por los bares en torno a los norteamericanos. Unos niños nos persiguen gesticulando y gritando: "shining", "shoe shining", "¡shining!".

Nuestra conversación con los organizadores de la Marcha del Hambre nos dió la medida de la miseria de Colón; pero, ¿Cómo fue condenada la ciudad a la venta de "diversiones" y mano de obra barata? ¿Cómo ha sido atada a la Zona?

Recordamos algo leído en el libro del doctor Ernesto Castillero Pimentel (2). Cuando Panamá se separó de Colombia en 1903 no había en el Istmo ninguna carretera. Hasta el legendario camino de Cruces, por donde pasaron los tesoros de América del Sur rumbo a España, había sido devorado por la selva. El único ferrocarril, el que unía Colón con Panamá, pasó a poder de los Estados Unidos por el Tratado Hay-Bunau Varilla. La nueva República intentó entonces aumentar sus comunicaciones entre las provincias para desarrollar su economía. Pero tropezó sorpresivamente con una interpretación peculiar del Tratado del Canal por parte de Washington. El artículo V de la Convención dice: "La República de Panamá concede a los Estados Unidos, a perpetuidad, el monopolio para la construcción, mantenimiento y funcionamiento de cualquier sistema de comunicaciones por medio de canal o ferrocarril a través de su territorio entre el Mar Caribe y el Océano Pacífico". Basándose en este monopolio y en razones estratégicas, el Departamento de Estado vetó durante años todo el proyecto de abrir al progreso las zonas alejadas del Canal, estancando el progreso de Panamá.

El Secretario de Estado interino Huntington Wilson envió a Panamá una nota el veinte de septiembre de 1911 oponiéndose a un proyecto de Augusto Dziuk para construir un ferrocarril desde el nacimiento del río Chucunaque hasta Juan Díaz, vía Chepo. En ella se lamentaba de que Panamá, aparentemente, creía que podía actuar sin prestarle atención a ciertos intereses esenciales para ambos países y que muchos panameños no se querían percatar de que los Estados Unidos podían interferir en sus actos. La nota se adelantaba a cualquier queja diciendo: "La distorsión que se hace de la política de los Estados Unidos, los gritos contra la agresión norteamericana, los llamados a la dignidad nacional panameña, el inventar cosas para favorecer este o aquel interés privado, el coquetear con empresas extranjeras para interponerlas como barrera contra la preponderancia norteamericana y el depender de la protección y el desinterés norteamericanos como una capa para cubrir toda suerte de actividades irresponsables estos, desgraciadamente, han sido a veces los peones en la política interna de Panamá". ¡No le concedía a Panamá ni siquiera el derecho a protesar! A continuación amenazaba con apoderarse de cualquier obra en puertos o ferrocarriles que se realizara sin el consentimiento norteamericano, si lo consideraban "necesario y conveniente para la protección del Canal". Sobre todo, se reservaba el derecho a examinar previamente toda posible concesión a capitalisas extranjeros no yanquis.

El 5 de marzo de 1912 el Departamento de Estado fue informado de que la concesión a la compañía anglo-germana —la "Balboa and Pacific Estates"— que iba a construir el importante ferrocarril al Darién, había sido revocada a pesar de que contaba con la aprobación de la Asamblea Nacional. Hoy, cuarenta y ocho años después, la rica provincia de Darién, junto a la frontera colombiana, carece todavía de carreteras y ferrocarriles que la conecten con el resto de Panamá. Todo el comercio y el tránsito de pasajeros se realiza por barcos de cabotaje o aviones. Es inútil decirlo: Darién, no obstante sus bosques y bananales, sus yacimientos auríferos y abundante pesca, es la provincia más pobre y otrasada de Panamá. .



Otro proyecto para construir un ferrocarril que uniera Panamá con la ciudad de David, la capital de la provincia de Chiriquí, limítrofe con Costa Rica, en 1910, también fue objetado por los Estados Unidos, teniendo que ser abandonado. Todo intento panameño de construir carreteras o ferrocarriles con cargo a las anualidades que percibía por el Canal, fueron vetados por el Departamento de Estado. Llegando a protestar la Cancillería panameña en mil novecientos quince de que los Estados Unidos pretendieran convertir a Panamá en una mera base naval y militar, similar a la que Gran Bretaña tenía en Gibraltar. La Cancillería también acusó a los funcionarios norteamericanos de estimar todos los asuntos relacionados con el Istmo sólo desde un punto de vista militar.

Los militares norteamericanos pensaban que el Canal debía estar rodeado de selvas impenetrables para defenderlo mejor, y se opusieron a toda vía de comunicación que abriera medios de acceso a la Zona. Como las ciudades de Panamá y Colón estaban en los extremos del Canal, se las mantuvo incomunicadas del resto del territorio nacional. Sólo cuando la aviación y las nuevas armas restaron validez a estos principios estratégicos se permitió a la República construir caminos de penetración. Pero ya se habían perdido muchos años y la economía panameña se había deformado sometiéndose a los intereses del Canal.

LA "ECONOMIA CANALERA"

Con el campo bajo el ineficiente latifundio y el país carente de vías de comunicación que le permitieran explotar sus recursos naturales, Panamá cayó en lo que suele denominarse "economía canalera". El Canal lo es todo para el país. Panamá se ha convertido en un apéndice de la Zona.

Sin embargo, el censo de 1950 reveló que sólo 18,004 personas trabajan en la Zona del Canal. El 7.5 por ciento de la población económicamente activa. Este porcentaje debe ser menor hoy, ya que la tasa de crecimiento de la población en Panamá es una de las más altas del mundo, cercana al tres por ciento anual (la población del Istmo se duplicó en 32 años y se espera que vuelva a duplicarse en los próximos 27 años), mientras que el trabajo en la Zona permanece estacionario en tiempo de paz, y hasta tiende a reducirse con el empleo de nuevos métodos y maquinarias. Unicamente bajo el estímulo de una guerra aumentaría el empleo al multiplicarse las instalaciones militares.

Si el número de panameños que trabaja en el Canal es reducido, puede pensarse que el alto poder adquisitivo y las necesidades de la Zona dan vida a numerosas industrias y comercios en el resto del país. Mario Julio, director del más importante semanario de Colón, "Atlántico", nos mostró en una breve conversación en su oficina lo que representa el intercambio entre las dos partes bajo diferente bandera del territorio panameño.

—La Zona del Canal podría ser un magnífico mercado para Panamá —nos dijo—; pero, desgraciadamente, no es así. Por el contrario, se ha ido convirtiendo en un competidor. Mire, de acuerdo con las estipulaciones del Tratado de 1903, los Estados Unidos podrían importar a la Zona, libre de derechos, los artículos necesarios y convenientes para el Canal y sus empleados. Amparándose en esto, los Estados Unidos iniciaron el funcionamiento de establecimientos conocidos por Comisariatos, destinados a vender a los empleados del Canal artículos de primera necesidad tales como víveres, medicinas y ropas. Pero con el tiempo, las autoridades de la Zona ampliaron el concepto de "artículos necesarios y convenientes" y han venido introduciendo de todo para su venta en los comisariatos y Post Exchanges, "desde agujas hasta alfombras persas, plata peruana y relojes suizos," como ha expresado el ministro de Hacienda y Tesoro, ingeniero Fernando Eleta. Hay más: la Compañía del Canal viene obligada por los Tratados a comprar en Panamá lo que necesite. Nosotros tenemos excedentes de arroz, maíz, carne, café. Sin embargo, la Compañía insiste en traer la carne de Australia y Nueva Zelandia, el arroz de Ecuador, todo del extranjero. Todo menos comprar en Panamá.

COMPETENCIA RUINOSA

Hace una pausa, y después agrega indignado:

—¿Quiere saber hasta dónde llega la Compañía del Canal? Panamá produce leche y productos lácteos en exceso; pero los Estados Unidos prefieren sostener la Lechería Mindi que opera con pérdidas y debe ser subsidiada. Y esta lechería de la Zona llega hasta vender sus productos a los barcos en tránsito, privando de ese mercado a los productores nacionales. Otra muestra: el ferrocarril de Panamá a Colón, propiedad del gobierno norteamericano, compite abierta y agresivamente con empresas privadas panameñas que realizan el transporte por carretera. Para vencer en la competencia, el ferrocaril, que explota también los puertos, ha fijado un flete combinado que comprende los fletes ferroviarios y marítimos, en forma tal que no resulta negocio al comerciante importar y luego llevar el producto de Cristóbal a Panamá en camión.

(David Turner Morales, el economista panameño, pone en su libro "Estructura Económica de Panamá" un ejemplo que revela con precisión cómo opera esta competencia. Dice: "la carga general de Nueva York a la ciudad de Panamá, vía Cristóbal, paga un flete de 21.00 dólares por tonelada, de este importe corresponde al ferrocarril el 25 por ciento, o sea, 5.25 dólares más 2.20 por el servicio portuario. Pero si un importador de Panamá recibiera sus mercaderías en Cristóbal, para hacerlas seguir por carretera a la ciudad de Panamá, tendría que fijar el flete pagado para Cristóbal, que es de 18.50 dólares (incluyendo descarga). Le quedaría una diferencia de





2.50 que en muchos casos no cubre el costo del transporte por camión). (3)

—¿Cómo está administrado el Canal?— preguntamos.

—Los Estados Unidos han organizado un gobierno y una empresa en la Zona —nos dice Mario Julio— La administración pública de la Zona se encuentra bajo las órdenes directas del Presidente de los Estados Unidos representado por el Secretario de la Defensa. La autoridad suprema en la Zona es ejercida por un Gobernador, quien a su vez preside la compañía denominada "Panamá Canal", establecida para operar y mantener el Canal conforme a la ley norteamericana "Panamá Canal Act" de 24 de agosto de 1912. El Gobernador es también presidente de la "Panama Rail Road" y auxiliar de la "U.S. Goverment Corporation". Las actividades de la Zona no se limitan a mantener en funcionamiento la vía acuática y permitir el tránsito de los barcos con la mayor seguridad y el mínimo de dilaciones; también incluyen la operación de plantas carboneras, aceiteras y eléctricas, talleres de reparación de buques, servicios de puerto para pasajeros, acarreo y trasbordo de mercancías, el tránsito interoceánico por vía férrea, y establecimientos comerciales de todo tipo, desde almacenes de víveres y lavanderías hasta hoteles y restaurantes. Deben sumarse, además, las de defensa bajo el Comando Supremo del Caribe que mantiene en la Zona fuerzas armadas, navales y aéreas, y otras de carácter administrativo y judicial que integran escuelas, policía y bomberos, salubridad, inmigración y cuarentena, correos y telégrafos, aduanas, una Corte de Justicia Distrital y otras oficinas judiciales de menor categoría. Esta organización, que siempre ha tendido a la autosuficiencia, ha privado a Panamá de todos los beneficios que pudieran derivarse de la explotación del Canal.

EL "ZONIAN"

Otra pausa.

—Esta forma monopolística de manejar el Canal ha creado hasta un tipo de hombre, el "zonian". Un individuo que nació en la Zona de padres norteamericanos o llegó a ella hace mucho tiempo (los conocidos por "old timer") quemando sus naves en los Estados Unidos, y se ha limitado a los rutinarios quehaceres burocráticos. Toda su preocupación e interés se concentra en conservar e incrementar los privilegios y prerrogativas de los empleados de la Compañía del Canal. Su horizonte mental se reduce a las diez millas de ancho de la Zona y se aferra con uñas y dientes al sueldo gubernamental que percibe. Su iniciativa se orienta a ampliar las actividades de la "Panamá Canal", especialmente las comerciales, para encontrarle trabajo a sus hijos, a los cuales educa para empleados de la Compañía.

—¿Todo el que nace en la Zona es ciudadano norteamericano?

—¡Qué va! Los hijos de gringos son gringos; pero los hijos de panameños o negros antillanos, son panameños. Es más, aunque uno haya vivido diez años en la Zona, bajo el pabellón norteamericano, no puede solicitar la ciudadanía. A los efectos de las leyes de nacionalización yanquis, no se considera como residencia para obtener la ciudadanía los años vividos en la Zona. La discriminación es llevada también a los salarios y empleos. A los panameños no sólo se les niega la oportunidad de llegar a ciertos cargos superiores, sino que además se les paga salarios inferiores a los norteamericanos. En la Zona no se cumple el principio universal de igual salario por igual trabajo. Antes existía el "gold roll" y el "silver roll", el primero para los gringos y el segundo para los panameños. Luego vino la clasificación en "U.S. rate" y "local rate". La administración de la Zona en sus anuncios de ofertas de empleo siempre incluye las palabras "sensitive" y "not sensitive". La primera significa mayor salario para un norteamericano; la segunda, salario más bajo para un panameño. Así, un chofer de camión "sensitive", norteamericano, gana $2.35 por hora, y un chofer de camión "not sensitive", panameño, por realizar el mismo trabajo, percibe $0.87. La distinción entre "gold roll" y "silver roll" se aplicó a todo. Y había servicios sanitarios "gold roll" y servicios sanitarios "silver roll", plumas de agua "gold roll" y plumas de agua "silver roll", ¡hasta existían dos ferries para cruzar el Canal! Aunque las denominaciones han variado, la discriminación se mantiene. Los Tratados del1936 y 1955 estipularon que los ciudadanos panameños tienen derecho a un trato igual que los norteamericanos. El último Tratado, el conocido por Remón-Eisenhower, llegó a especificar la igualdad de salarios por iguales prestaciones y la igualdad de oportunidades entre ciudadanos panameños y norteamericanos. Pero esa cláusula no se cumple por las autoridades de la Zona.

NUEVO CRISTOBAL Y LA ZONA LIBRE

Damos una última vuelta por Colón. Recorremos la barriada de Nuevo Cristóbal, antiguo residencial zoneíta entregado a Panamá por el Tratado Remón-Eisenhower de enero de 1955. Los bungalows de madera y tejas, abandonados después de la última guerra al reducirse el personal administrativo de la Zona y las guarniciones militares, fueron traspasados en condiciones de verdadera ruina y suciedad al gobierno panameño. El Instituto de Vivienda y Urbanismo los está reparando y pintando para ponerlos a la venta. Existen planes para convertir este barrio en un bello sector residencial con parques y jardines, viviendas multifamiliares, escuelas y comercios. El chofer que nos pasea por la avenida frente al mar nos dice que lamentablemente los trabajos van muy despacio. Todavía se ven muchos edificios manchados por la humedad, con las maderas podridas y los interiores llenos de desechos. Del otro lado de la bahía se ven las instalaciones militares de la base naval y aérea norteamericana de Coco Solo.

Luego pasamos frente a la Zona Libre de Colón. Naves y altos muros de ladrillo. Esta área, dedicada a la reexportación de mercancías, no ha producido más que los beneficios derivados del almacenamiento, carga y descarga. La mano de obra empleada es de escasa importancia y no se han establecido industrias de transformación o que empleen materias primas nacionales.

Los menguados resultados de la Zona Libre se deben en parte a que Colón carece de puerto internacional. Lo tenía antes, en el lugar donde

hoy se encuentra situada Cristóbal, pero pasó en 1914, al terminarse las obras del Canal, a manos de los norteamericanos. Aunque parezca paradójico, Panamá no tiene puertos internacionales. Las ciudades de Colón y Panamá reciben todas las mercancías que llegan por vía marítima a través de los puertos de Cristóbal, en el Atlántico, y Balboa, en el Pacífico, ambos situados dentro de la Zona. Al trazarse los límites de la Zona en el Tratado Hay-Bunau Varilla, los dos puertos internacionales quedaron en territorio bajo bandera norteña. Como inmediata consecuencia, las labores de carga y descarga, inspección de los buques y aduana, son realizadas por la Compañía del Canal y las autoridades de la Zona, despojándose en esta forma de apreciables ingresos a Panamá.

US RESERVATIONS ARMY

Al atardecer tomamos el tren de regreso a la ciudad de Panamá. La línea férrea corre paralela al Canal. Selva tropical, macizos de caña brava, plátanos, cocos, palmeras. Lomas cubiertas de monte, inmensas lagunas estañadas, de aguas muertas, donde afloran troncos y ramajes secos. Montañas azules en el horizonte. Boyas rojas y negras de luces intermitentes; puentes de hierro, gigantescas gruas, barcos que cruzan despacio por los extensos depósitos de agua. En la cima de un promontorio, rodeada de monte, una destartalada casita de madera. El techo hundido, las paredes pandeadas, las puertas desvencijadas. Por un trillo escalonado, en la penumbra del crepúsculo acentuada por las sombras de los altos árboles, sube lentamente hacia la casita una negra con un bulto en la cabeza. El tren se va deteniendo en las estaciones: Mt. Hope, Gatún, Frijoles, Gamboa, Pedro Miguel Locks. En un campo lejano, de ondulado césped, juegan al golf varios norteamericanos. Los *caddies* son negritos vestidos de rojo. Negros son los maleteros en las estaciones. Carros patrulleros verdes con una luz roja encima. Y en las cercas de alambre un rótulo: NO TRESPASSING. O este otro: US RESERVATIONS ARMY.

En la noche destellan las señales lumínicas sobre las lagunas. las luces de las naves metálicas, los rieles, y ruedan junto a la vía postes y cercas, carreteras de hormigón y residencias de zoneitas, y en toas partes, una y otra vez, los rotulos: NO TRESPASSING, US RESERVATIONS ARMY. US RESERVATIONS ARMY. NO TRESPASSING... NO TRESPASSING... NO TRESPASSING...

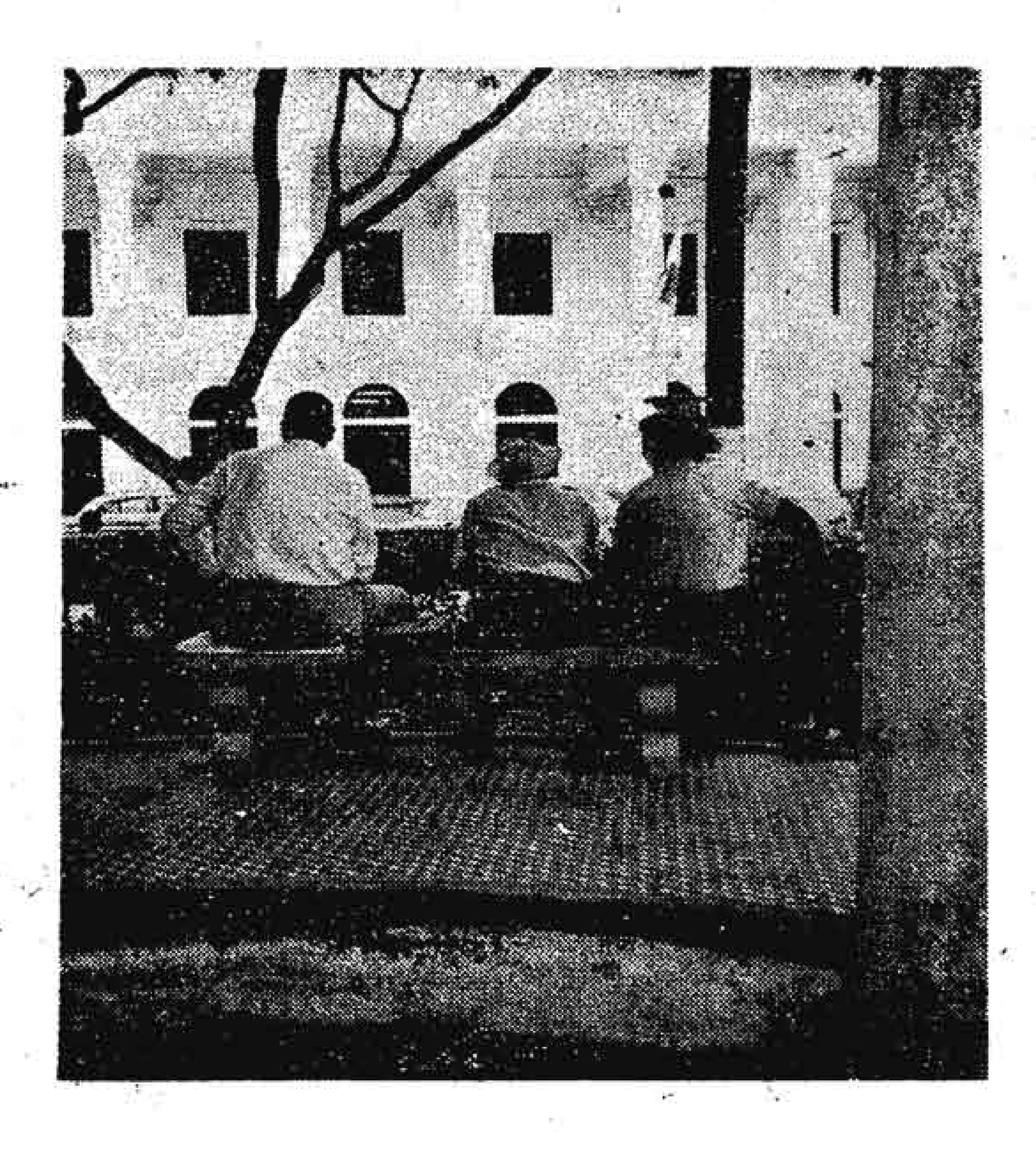
US RESERVATIONS ARMY.

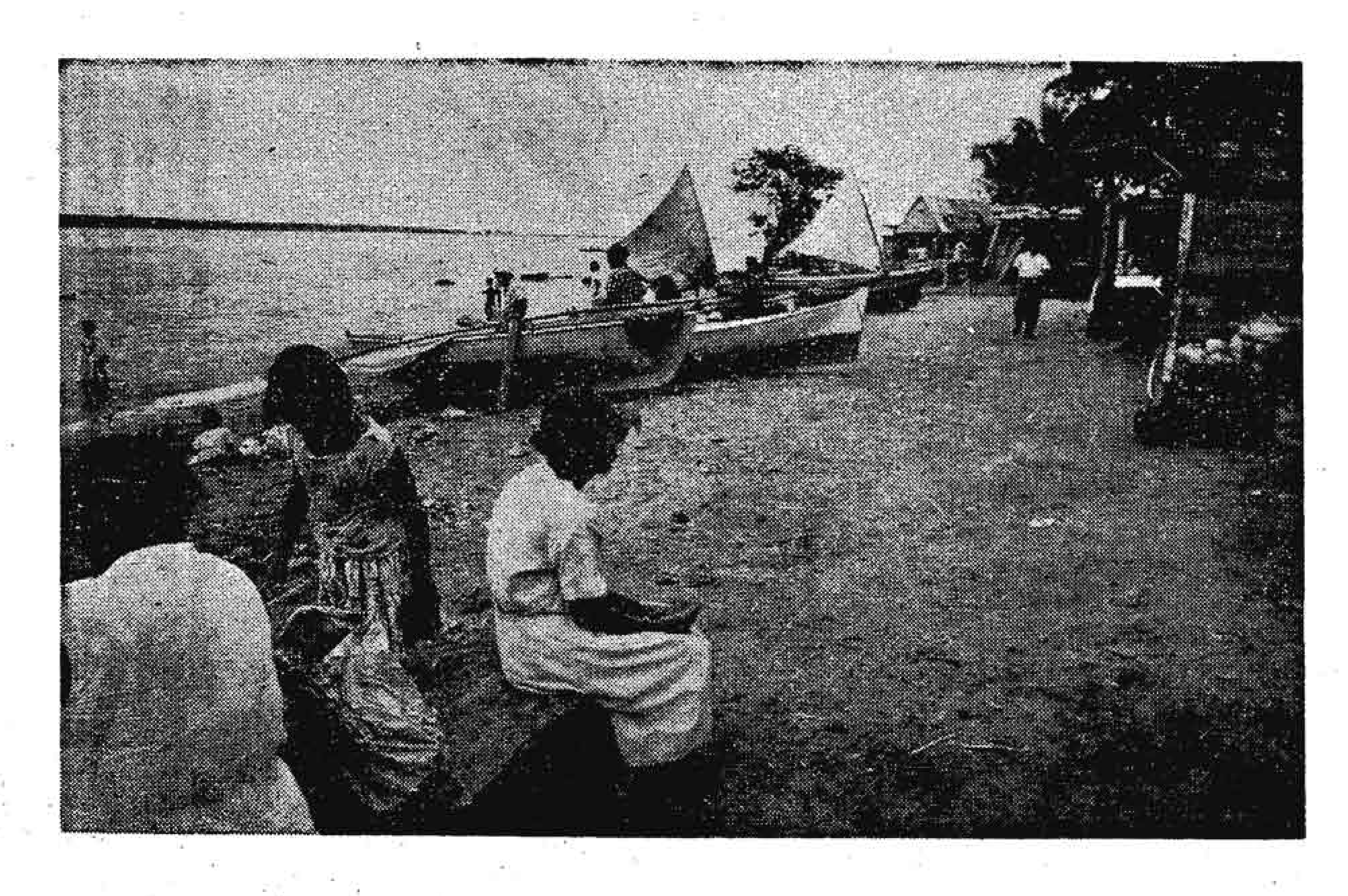
(1) *Estructura Económica de Panamá* de David Turner Morales. Editorial América Nueva. México, D.F., 1958.

(2) *Panamá y los Estados Unidos* del doctor Ernesto Castillero Pimentel. Páginas 249 y siguientes.

(3) *Estructura Económica de Panamá* de David Turner Morales. Página 140





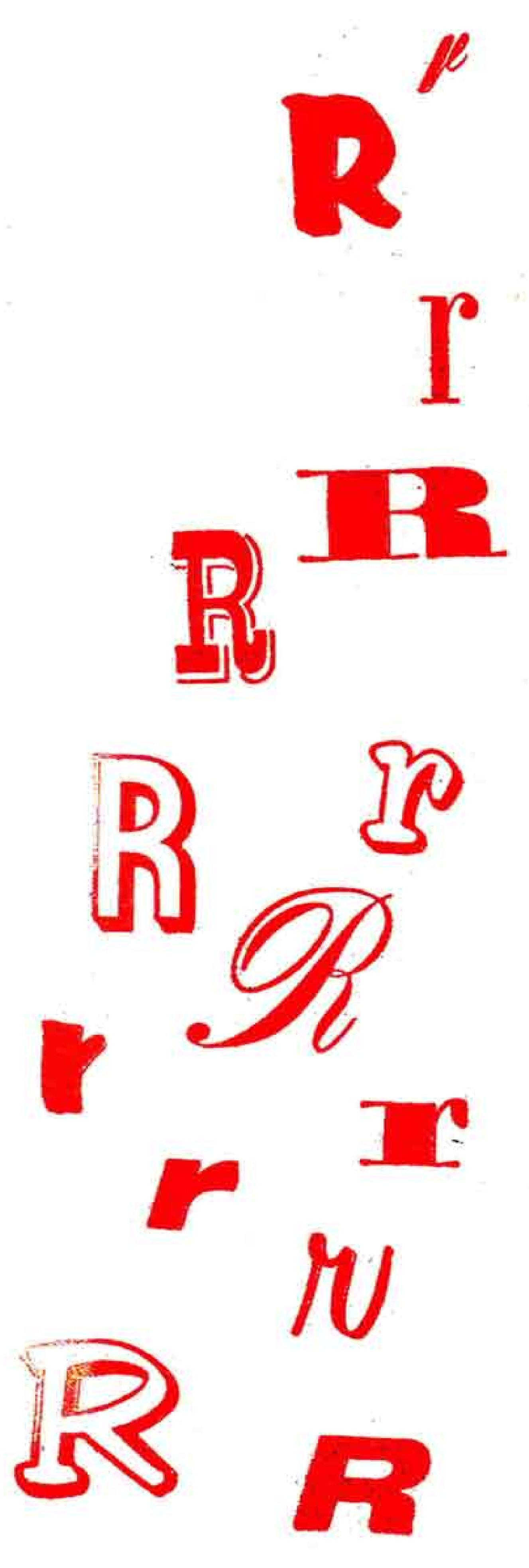


ELEGIA A EDUARDO FERNANDEZ ASESINADO POR LA ESPALDA

He ido hasta el comienzo de mis ojos
y te he hallado, con tu rostro de tierra
entre un puñado de cosas inservibles
otra tú, casi más lejos;
si allí te hubieras visto no te reconocieras,
habrás cambiado tanto.
Recuerdo cómo andabas mendigando hospitales
con las manos abiertas y el pulmón en acecho
aburriendo antesalas en cada dispensario,
pero tú no necesitabas un médico
mucho mejor hubiera sido un cocinero
porque tú no tenías ni una madre ni una novia
tampoco un cocinero,
a veces, pocas veces, sólo un médico
de prisa, asalariado y no por ti.
Sin embargo el progreso,
con orgullo la prensa nos señala:
"en La Habana hay trescientos mil televisores,
el ritmo de construcciones asciende a varios
millones de dólares mensuales"
Sin embargo yo tengo
la mala idea de contrariar la digestión de las
(personas decentes
agitando ante sus ojos
el amarillo rostro de un niño de mi barrio,
contarles que en la Habana hay cien mil
(tuberculosos,
que el ritmo de los desahucios
amenaza las carátulas en los libros del juzgado,
y reclamar un puesto en la vanguardia
aquí, con los que sufren
pero sabiendo por qué sufren,
y también saben
¡cómo es posible encerrar el sufrimiento
en una caja de fósforos!
No sé si los amigos te recuerdan,
yo, lo confieso, te recuerdo poco
eso al final no importa pues tú tampoco piensas
(en nosotros;
aunque tiene la excusa de estar muerto
hace dos o más años no estoy seguro cuántos
que el tiempo es lo de menos
no estás más muerto hoy que el primer día.
No canto para ti aunque por ti cante
que tu caso no es más triste porque fueras mi
(amigo
si en este sufrimiento organizado
tu dolor era apenas necesario;
ya si alguien me dijera que no has sido
no podría negarle, de ti que me queda un nombre
vulgar como el vecino, mortal como tu imagen
que se pudrió contigo y nadie reconoce.
Hoy creces con la tierra sin medida.
hasta el alma hecha polvo
solo en tu muerte inútil como tu vida,
solo.
Mi casa,
es la casa donde vivo,
y aunque no es mía, ni de mi padre,
ni de mi tío, tiene su dueño.
Mi casa (es un decir) que se prolonga
sin verjas que separen al vecino
como todas las casas en mi barrio
tiene la democrática virtud del daltonismo.
Mi casa (es la costumbre) es la casa
donde vivo en mi barrio.
¿Debo aclarar que no hay agua caliente,
ni garage, ni cuarto de criados?
¿Hace falta decir que no hay jardines,
ni terraza, ni pantry?
Mi casa (es un decir) es la casa en que vivo
y donde vine
navegando hasta mi muerte.

abelardo piñeiro

EN MI BARRIO



Abelardo Piñeiro es un joven poeta cubano que vive en Francia. Abogado, marchó a Europa en los tiempos de la Dictadura. En la actualidad trabaja en la embajada cubana en París. Desde allá recuerda a su pueblo, a sus gentes, sus agonías. El poema está dedicado así: "Para Ingmausch que no lo ha visto".

Mi barrio no tiene límites geográficos,
se diría que está cercado
por una invisible pared de billetes de banco
y encierran hombres ancianos
que no saben leer desde hace años
y preguntan
¿por qué las fondas cobran y los hospitales son
(gratis?
Yo no me atrevo a hablarles del progreso
que les explique alguien
en qué consiste una compañía anónima.
No está lejano el día en que un científico
investigando la salud de los hombres de mi barrio
descubra lo perjudicial
que es el café con leche para los pulmones.
No está lejano el día en que los museos
nos enseñen la ley de la oferta y la demanda
cuando estos hombres que lo ignoran todo
hayan desenterrado el sol.
La mañana y mi barrio se levantan temprano,
mientras el sol alegre va ensanchando las calles
los últimos borrachos se tapan la cabeza
y el café y los gorriones se disputan el aire,
los techos en mi barrio no suben cinco pisos
y para sus aceras con dos calzadas basta
no es posible allí un cine que no tenga tertulia
ni una casa de empeños con la puerta cerrada;
en mi barrio no hay night clubs, ni groceries ni
(markets,
pero aún en sus bodegas la sal se da de contra
los chinos lavanderos planchan la ropa a mano,
todavía en mi barrio la leche viene en pomos;
ningún vecino nuestro tiene yate en el río
ni hay un perro que vaya jamás a exposiciones,
en mi barrio no hay cadillacs ni casas con piscina,
allí nadie se ha muerto dejando cien mil pesos;
no hay bancos, no hay hoteles ni yanquis ni
(franceses
nadie se llama Eddy, Ivonne, Jimmy o Lulú,
todos son Eduardos, Marías, Jaimes, Pepes;
mis vecinos no pagan impuesto sobre rentas;
no vive el abogado de ingenio azucarero
y el último Ministro no era vecino nuestro,
ni el médico que tiene consultorio privado
igual que el comandante que asesinó a un obrero,
allí viven guagüeros, soldados, limpiabotas,
apuntadores de bolita y cabos de carpeta,
zapateros, maestros, mecanógrafos,
enfermeras, mecánicos y porteros de banco,
obreros blancos, negros, mulatos, en mi barrio
las familias cubanas se mantienen unidas,
seis y siete personas viven un mismo cuarto
y cuarenta inquilinos usan un solo baño,
allí hablar por teléfono aún es emocionante
y para mis vecinas no existe el "baby shower"
que el inglés en mi barrio es un idioma extraño
que comienza con yanqui y termina en lock out.
Mi barrio que se inclina sobre el futuro abierto
se elevará algún día seguro de su fuerza
hasta arrancar la estrella que si hoy brilla en el
(cielo
sobre el suelo mañana no será más que piedra.
Los niños de mi barrio
son los hijos de los hombres de mi barrio,
niños de escuela pública,
pan, con guayaba a veces
lápices con anuncios de productos extraños.
Los niños de mi barrio
como son los hijos de los hombres de mi barrio
no piensan en ser hombres de provecho,
por eso ninguno será Ministro
ni dueño de un periódico,
el hijo de Raúl el zapatero
nunca será gerente de algún banco,
el hijo del mecánico Roberto
no será Magistrado del Tribunal Supremo,
el hijo de Miguel el policía
nunca contribuirá al progreso inaugurando una
(fábrica.
Los niños de mi barrio
como son los hijos de los hombres de mi pueblo
será empleados, limpiabotas, zapateros,
obreros sin trabajo,
algunos carceleros y otros encarcelados;
para que el hijo de un industrial
vaya a estudiar al Norte
los hijos de varios zapateros manejarán diez
(horas la chaveta;
para que un ingeniero lleve su amante a Europa,
los hijos de varios billeteros
no aprenderán a leer para vender billetes
y para que el hijo de un Magistrado
herede legalmente un millón de pesos
el hijo de un guagüero
por un sueldo encargado para guardar el orden
apaleará una tarde al hijo d e un mecánico
y la hija de un vi ndero
será puta.
Los niños de mi barrio no serán hombres de
(provecho
pero en ellos mi pueblo siempre se reconoce
los niños de mi barrio integran un ejército
que ha de salvar el trompo, el papalote,
los helados de frutas y el masareal;
los niños de mi barrio,
sin permiso
un día desatarán
para los hijos de los hijos de mi barrio
una epidemia nacional de pan.

CARTA DE UN JUEZ

por oscar hurtado

ilustración de tony évora

Señores:

Puertadegolpe es un pueblecito vecino de Lengualisa en la provincia de Pinar del Río. Los viajeros que llegan por casualidad de cuando en cuando, opinan que es un lugar interesante por sus viejas viviendas. Algunos hasta lo ven hermoso. Nosotros, que vivimos en él, no lo vemos así; pero, a pesar de eso no deseamos vivir en ninguna otra parte. Supongo que nos hemos acostumbrado a nuestra tienda, a nuestra iglesia, y a nuestros campos. Sea como sea, jamás nos encontramos a gusto fuera de Puertadegolpe.

Por supuesto, los habaneros, con sus enormes edificios y sus calles llenas de ruido, nos pueden llamar "guajiros" si lo desean; pero eso no impedirá que Puertadegolpe sea un lugar mejor para vivir que La Habana. Yo que he sido juez en el pueblo por veinticinco años debo saberlo. Oigan si no al doctor que dice que cuando va a La Habana siente su cerebro lastimado y eso que él, como yo, es oriundo de la capital. Par de testigos semejantes valen más que una serie de argumentos.

¿Que es aburrido? Bueno, tal vez lo encontréis aburrido pero os aseguro que aquellos que han logrado vertebrar el espíritu con un puntal tan sólido como es la vida sana del campo, han de tener nervios suficientes como para no temblar ante ciertas cosas.

En mi reciente visita a La Habana hube de escuchar de labios de algunas personas varios cuentos sobre extraños sucesos ocurridos en la capital. Pudiendo apreciar el interés por este género de narración, pensé contarles lo que aquí escribo pero temí provocar un comentario irónico que no hubiera soportado. Por lo tanto, acudo a la pluma y me libro de esas interrupciones molestas que toda exposición oral acarrea consigo.

Debo, antes de empezar, hacerles una petición de principio: la de que el hombre del campo debe aceptarse como un ser completamente distinto al de la ciudad. Esto es una simpleza, lo sé, pero hay cosas sobre las que siempre habrá que volver de nuevo para sacudirles el polvo.

Lo que todos apetecen, aún sin saberlo, nosotros lo hemos logrado anidando la serenidad y repartiendo sus frutos en nuestros retoños de modo natural; lo hemos alcanzado deteniendo la historia, o sea: deteniendo el tiempo, y limitando el espacio con visión de isla. He mencionado el espacio al hablar del tiempo, pues como se sabe están concebidos como hermanos siameses, con un nudo de tal virtud, que ni la espada de Alejandro podrá desatarlos.

Si uno de Vds., habaneros, se encontrara la noche del sábado con los fantasmas de los muchachos muertos en la guerra del brazo con las muchachas que yacen en el cementerio, quebrarían la atmósfera en mil estallidos; y los fantasmas, huéspedes de la soledad y el silencio, buscarían otra atmósfera más densa e impenetrable.

Pero nosotros, con nuestra serenidad como centro, los dejamos ir y venir en su dimensión sin que ocurran interferencias. Varias dimensiones pueden ocupar un mismo espacio, esto está matematicamente comprobado; y tendrían Vds. que ver a un hombre sin cabeza sentado en el borde de un pozo pulsando una guitarra a plena luz de la luna, con un coro de niños jugando a su alrededor.

Permítame guiñarle un ojo y deslizarle al oído este secreto: Los espíritus saben donde se encuentran bien.

Admito que mi narración es tan extraña como una mosca roja en estos alrededores, donde una manada de perros fantasmas cazan hasta la madrugada; y donde el herrero está ocupado toda la noche herrando las cabalgaduras de los caballeros muertos.

Una noche en que el alcohol arañaba su cráneo los increpó cuando se propasaron en sus habituales sonidos fantasmales; y a la mañana, un centén sobre el yunque doró su pupila como disculpa. Estas cosas no suelen ocurrir en La Habana, donde el mucho uso de espejuelos ha modificado la visión: pues aunque los fantasmas habiten otro espacio no por eso dejan de existir.

Ocurrió el día de esa tremenda tempestad que tuvimos durante el verano de 1908. Esa temporada contó dos grandes ciclones. El primer ciclón batió con fuerza toda la tarde y la noche, cesando al amanecer.

Cuando miré por sobre el seto, vi a la viuda de Benito escardando en lo que quedaba de su huerto con las piernas al aire. La observé durante un rato y entré en "El criollo y su perro" para referir lo que había visto al tendero.

Juan Pérez era un hombre casado e insensible al bello sexo.

—A propósito —me dijo—, la tempestad trajo algo dentro de mi tierra. Una especie de barco, diría yo.

Me preocupé por sus boniatos, pero sonriendo agradecido me explicó que se trataba de un buque fantasma incapacitado para dañar su sembrado.

Discutimos acerca de su itinerario desde el mar a las tierras de Juan, y luego conversamos de otra cosa.

En la iglesia la fuerza del viento arrancó una campana, y el badajo se incrustó en la cabeza de un mulo metamorfoseándolo en unicornio.

Fué un espléndido ciclón que prodigó su fuerza por doquier, desparramando a nuestros fantasmas por toda la isla. Poco a poco regresaron, unos a pié, y otros sobre sus caballos agotados; pero tan felices de retornar a Puertadegolpe, que algunos venían llorando como niños. Estanislao me dijo que su padre jamás lució agotado desde la batalla de Mal tiempo.

En una y otra cosa pasó una semana hasta que todo volvió a la normalidad; y luego, una tarde, me dijo el tendero con muestras de gran preocupación:

—Desearía que viniese a mi sembrado para hechar un vistazo al barco.

Mi mujer me habló anoche... Vd. sabe.

Lo acompañé hasta su propiedad. Allí, en medio del campo se hallaba un hermoso barco como ningún hombre ha visto jamás alguno desde hace trescientos años. Estaba pintado de negro, cubierto de esculturas, y tenía un gran ventanal en la popa. Sobre cubierta veíanse cañones agrupados. Dos anclas mordían la tierra. He visto cosas extraordinarias y tarjetas postales de las maravillas del mundo, pero nada igualaba a esto.

—Parece muy sólido para ser un buque fantasma —dije al ver que el tendero seguía preocupado.

—Tal vez sea mitad fantasma —contestó perplejo.— Lo único que sé es que destruirá los boniatos, y mi mujer...

Nos acercamos al barco y tocamos su casco. Era tan duro y sonoro como una campana.

—La gente considerará esto como un acontecimiento —pensé.

Yo no entiendo mucho de barcos, sin embargo, estoy por decir que pesaría unas doscientas toneladas, y que había llegado con intenciones de quedarse. Pensé en la mujer de Pérez y sentí alguna lástima por él.



—Todos los caballos de Puertadegolpe no lo arrastraría fuera de mi finca —dijo frunciendo el ceño.

Un ruido sobre cubierta nos hizo levantar las cabezas. Vimos a un hombre que salía de uno de los camarotes y nos miraba tranquilamente. Vestía de negro, con pañuelo a la cabeza y espada al cinto.

—Soy el capitán Pedro Nau —su tono era distinguido— Vine en busca de reclutas; pero noto que entré demasiado tierra adentro.

—¡Tan lejos! —preguntó fríamente sacando una caja de rapé.— No tiene importancia.

El tendero abrió la boca, la volvió a cerrar y habló entre dientes:

—No deseo parecerle mal vecino, pero preferiría que no hubiese anclado en mi sembrado. Vera Vd... Mi mujer aprecia mucho sus boniatos... Bueno, Vd. sabe.

El capitán guardó su caja de rapé y se limpió los dedos con un pañuelo de seda.

—Estoy aquí por breve tiempo, y si un testimonio de mi estimación pudiera apaciguar a su distinguida esposa —así diciendo se sacó del dedo un anillo con un enorme zafiro y lo lanzó a los pies del tendero—, mucho me alegraría contribuir a ello.

Juan Pérez se puso rojo como un tomate.

—No niego que le agraden las joyas, pero ésta es muy valiosa.

—Nada de eso, buen hombre. La mitad del anillo es como retribución por los daños a su sembrado; la otra, como prueba de mi devoción hacia ella y de mi amistad hacia Vd., vecino. No hablemos más del asunto.

Y saludándonos, giró sobre sus talones y volvió a desaparecer en el camorote.

El tendero regresó al pueblo radiante orgullo. Yo sabía que no se trataba tanto por su mujer como...

—Es mucho más valioso que el centén del herrero —y levantó al sol aquel anillo que ni tan siquiera rozó mi mano.

El año de 1908 conmemorábase el centenario de la fundación de nuestra iglesia. Se desplegaron parcalinas como en un acontecimiento patriótico; se celebraron misas —nuestro catolicismo era activo—; procesiones; festividades; y por lo tanto, no teníamos tiempo de ocuparnos del buque fantasma.

El tendero vió una o dos veces a su agradable inquilino, mientras su mujer lucía la sortija en todo momento.

Con la excepción de un muchacho idiota que vivía de la caridad de los vecinos, nos nos mezclábamos mucho con los fantasmas. Este pobrecito se ganaba algunos centavos resolviendo a su manera un problema aritmético que le proponían los guasones. El chistoso de turno le mostraba en la palma de una mano un peso plata, y en la otra un centavo.

—Anda, Toto —le decían, pues así lo llamábamos— ¿cuál de los dos prefieres?

Y Toto sin titubear tomaba el centavo.

Un día sentí piedad por él, y cuando estuvimos solos le dije cariñosamente procurando no herirle:

—¿Por qué tomas el centavo? ¿No sabes que el peso vale cien veces más? Su respuesta me puso la boca en O.

—Claro que sí. Pero el día que coja el peso nadie me repite el jueguito. A pesar de esta chispa de astucia, el muchacho era idiota de veras.

El día del centenario el tendero informó al capitán Nau por qué tocaban las campanas de la iglesia. Inmediatamente izó una bandera y disparó una salva con sus cañones adhiriéndose al acto. De la misma calidad que la madera de su barco los cañones tenían balas de buen hierro. Una de ellas abrió un agujero en el almacén del tendero.

Cuando los festejos dieron fin advertimos que algo andaba mal en Puertadegolpe.

El zapatero fué quien primero me habló del asunto una noche en que nos hallábamos bebiendo en "El criollo y su perro".

—¿Vd. conoce a mi abuelo, el que murió de joven?

—¿Se refiere a Zenaido, el muchacho tranquilo?

—¡Tranquilo! —vociferó el zapatero ayudándose con un puñetazo sobre la mesa— ¡llama Vd. tranquilo a un individuo que llega a las tres de la madrugada a su casa, ebrio como una cuba, y nos despierta a todos con el ruido que mete.

—¡Es imposible que sea Zenaido! —contesté sorprendido, porque le conocía como a uno de los más respetables jóvenes fantasmas del pueblo.

—¡Es él! —insistió el zapatero— y una de estas noches le echaré a patadas para la calle.

Semejante modo de hablar me causó indignación, pues no me gusta que un hombre hable mal de su familia y me preparaba a contestarle en ese tono de gallito que me precio de saber usar en estas ocasiones, cuando Anacleto el carnicero, entró con un amigo, gritando:

—Condenao, lo voy a matar de verdá.

Se refería a su cuñado muerto en la guerra de Independencia.

¿Qué, llega borracho a la casa, no? —inquirió el zapatero esperanzado por verse acompañado en la desgracia.

—¡El muy condenao! ¡Si no fuera por mi hermana...!

Estos casos no eran los únicos; y nuestra juventud fantasma, sin excepción, regresaba ebria a primera hora del alba. Me despertaban, y los veía pasar a tumbos delante de mi casa cantando canciones obscenas que nunca habíamos oído.

Lo peor de todo fué que la voz se corrió hasta el próximo pueblo, y la gente de Lengualisa comenzó a hablar de "los borrachos de Puertadegolpe". Ha hablar, y hasta a cantar. Sin mencionarnos directamente nos hicieron alusión en una décima que decía así:

En los campos y en los prados
donde alegre el río canta
un tufito se levanta
que nos tiene desvelados.
Hay que soltar los arados
cuando el viento nos lo cuela
y no hay animal que huela
de este aliento los olores
que no muera en sinsabores
como sin aire la vela.

A pesar de ser tolerantes, esto no nos agradó.

Por supuesto que no tardamos en descubrir la causa de nuestros males y aunque el tendero se sintió contrariado con su inquilino, su mujer no quiso oír nada sobre "lo de devolver el anillo". Las cosas se pusieron peor, y ya a todas horas era posible ver a esos jóvenes libertinos durmiendo la borrachera en los rincones del pueblo.

Casi todas las tardes un carro fantasma nutría la panza del buque con su carga de ron, dando una idea del mucho líquido que allí se trasegaba; y a pesar de que los fantasmas más serios desairaban al capitán, los más jóvenes amablemente consumían, además de sus raciones, las que los viejos rechazaban.

Una tarde en que tejía mi siesta, tocaron a mi casa. Era el cura con la expresión de un hombre que tiene ante sí una tarea desagradable.

—Voy a hablar con el capitán y deseo que Vd. me acompañe —me deslizó sin preámbulo.

La siesta es enemiga de la voluntad y ataca al cerebro como el comején, dejándolo vacío. La piedra que dejamos caer en su oquedad no produce eco. Traté de mover el peón de un argumento: "Esto es cosa de fantasmas, y por lo tanto, un asunto fantasmagórico"; pero el cura movilizó una torre contundente: "No sé por qué el cielo o el infierno no los ha admitido ya a estas horas pero mientras permanezcan en la tierra soy el responsable por su conducta".

Siempre he dicho que no hay nada como un buen argumento sobre todo si el que argumenta conoce algunos pecadillos nuestros depositados ingenuamente en confesión.

—Vd. viene conmigo en caso de que surja alguna cuestión de leyes.

Cuando llegamos al barco vimos al capitán sobre cubierta tomando el fresco. En cuanto advirtió al sacerdote se quitó el sombrero con toda cortesía, y os aseguro que sentí gran alivio por este gesto respetuoso. El párroco contestó el saludo, y con voz fuerte pronunció:

—Señor, mucho desearía hablar unas palabras con Ud.

—Suba a bordo, señor, suba a bordo —contestó el capitán muy gentilmente.

Subimos por una escala bastante incómoda, y el capitán nos hizo entrar a la enorme cámara situada en la proa donde se encontraba esa gran ventana de la que ya hablé. Era el lugar más extraordinario que uno pueda imaginarse, lleno de copas de oro y plata; de espadas engarzadas con gemas preciosas; de sillas esculpidas; de enormes cofres de maderas preciosas que parecían estallar tan repletas de monedas se hallaban. Hasta el párroco quedó sorprendido, y no puso gran resistencia cuando el capitán sacó unos vasos de plata y nos sirvió ron en ellos. Al probarlo confieso que mi punto de vista sobre las cosas cambió del todo. Me pareció ridículo censurar a los muchachos porque tomaran esa bebida tan deliciosa que parecía llenar mis venas con miel y fuego.

El párroco expuso el caso sin ambages al capitán pero yo no escuché mucho lo que dijo. Hallábame ocupado bebiendo mi ron y mirando por la ventana los peces que nadaban de un lado para otro por encima de los boniatos del tendero. En ese momento me pareció la cosa más natural del mundo; aunque sí me extrañó un poco ver a un marinero ahogado flotando en el aire con el cabello y la barba llenos de burbujas. Era la primera vez que veía una cosa semejante en Puertadegolpe.

El capitán escuchaba muy atentamente a nuestro párroco alegando que los muchachos son muchachos y que la juventud tiene que divertirse.

Cuando nuestro buen guía espiritual terminó de hablar, el capitán llenó de nuevo nuestros vasos.

—Mucho lamentaría causar molestias en un lugar donde se me ha recibido tan bien, pero sé que se alegrarán de saber que mañana por la noche me haré a la mar. Así que ahora bebamos por la felicidad de mi viaje.

Nos pusimos de pie he hicimos un brindis con toda solemnidad. Luego, el capitán nos mostró algunas curiosidades seleccionadas en los distintos países de su curioso itinerario. De lo visto no hago memoria a pesar de todo mi esfuerzo.

La despedida fue calurosa. Recuerdo, eso sí, que el párroco estaba muy emocionado llegando hasta llamar "hijo mío" al capitán.

Un momento después me encontraba caminando por el campo de boniatos refiriéndole a mi ensotanado amigo las maravillosas vita a través de la ventana. Se volvió hacia mí diciéndome con mucha seriedad y un poco de bamboleo:

—Si yo fuese Vd., me iría a su casa a continuar la siesta.

Al día siguiente, comenzó a soplar el viento cada vez más fuerte, hasta que a eso de las ocho de la noche cerré bien mi casa y me dirigí hacia la tienda para pasar la tormenta en compañía.

—¡Que ciclón! —el tendero estiraba los labios mientras me servía un ron.— Me dijeron que el río estaba creciendo.

—Es extraño cómo estos hombres de mar conocen el tiempo —contesté.— Cuando el capitán dijo que partiría esta noche se me ocurrió que iba a necesitar un poderoso viento para sacar su buque...

¡Ah sí! —interrumpió el tendero.— Esta noche se va... Aunque me ha pagado espléndidamente por el alquiler del campo estoy por decir que su partida no será una pérdida para el pueblo. No me agrada la gente que compra sus bebidas en otra parte en vez de ayudar a los comerciantes locales.

—Pero Vd. no tiene ningún ron como el del capitán.

El rostro del tendero se iluminó con el rojo más estridente; frotó con fuerza el mostrador, y pude apreciar cuán enojado estaba.

Tuve que tranquilizarlo elogiando su ron; y que el cielo me perdone, pero juré que era mucho mejor que el del capitán.

Nos sentamos ante sendos vasos de su mejor ron a fin de comprobar su óptima calidad.

—Dígame si hay algo mejor que esto —exclamó mientras llevábamos hacia arriba los vasos... pero de pronto nos detuvimos. Afuera, el viento que había estado gimiendo, se transformó en suave cántico.

—Con seguridad, esa no es mi Marta —susurró el tendero hablando de la hermana de su abuela.

Fuimos hacia la puerta. Navegando por los aires, rodeado de estrellas, estaba el buque fantasma. Todas sus luces estaban encendidas, y desde cubierta nos llegaba un gran ruido de alegría y canciones.

—¡Se va! —exclamó el tendero. Y de pronto los dos a dúo:

—¡Y se lleva consigo a la mitad del pueblo!

El ciclo del día siguiente se ocupó en pasar balance de los daños sufridos. La tempestad desparramó a nuestros fantasmas, pero esta vez pocos volvieron ya que todos los jóvenes se habían embarcado con el capitán. También desapareció aquel muchacho medio bobo; y supimos, tiempo después, que había subido a bordo sin saber lo que hacía y partido con el buque.

Interminables fueron los lamentos de las muchachas fantasmas y demás de una familia. El pueblo estaba trastornado, siendo lo más notable ver a la gente que más se había quejado por el comportamiento licencioso de sus jóvenes difuntos, lamentarse con más intensidad que los otros.

No me fué posible sentir simpatía ni por el zapatero, ni por el carnicero, que no se cansaban ahora de repetir, cuánto echaban de menos a sus antepasados; pero me daba pena oír a las pobres muchachas fantasmas lamentarse por la pérdida de sus galanes, a quienes llamaban por las calles del pueblo cuando caía la noche. Me parecía injusto que hubiesen perdido a sus hombres por **segunda vez.**

Pero ni siquiera un espíritu puede lamentarse eternamente. Algunos meses después llegamos a la conclusión de quienes partieron en el buque jamás regresarían. No se habló más de este asunto.

Luego, un día, quizá un par de años después, cuando todo el episodio se había olvidado, ¿a qué no sabéis quién vino andando por el camino de Puertadegolpe? Pues ese muchacho medio bobo que partió con el buque sin esperar a estar muerto y convertido en fantasma. Estoy seguro de que no se repetirá un caso semejante. Traía una enorme y herrumbada espada que le pendía del cinto. Su cuerpo se hallaba tatuado de mil colores de modo que parecía una de esas costuras que hacen las niñas (como decía el tendero), o un tapiz persa (como decía yo). En la mano un pañuelo lleno de conchas raras y monedas antiguas muy curiosas. Se acercó al pozo de la casa de su madre, y sacando un cubo de agua se puso a beber.

Lo peor de todo es que regresó tan bobo cómo había partido. Por más que intentamos, no pudimos sacarle nada razonable. Hablaba constantemente de abordajes, secuestros, y de crímenes horrendos, por lo que deduje que el capitán, a pesar de sus modales corteses, debía ser más bien un pirata que un caballero.

Pero tratar de obtener sentido de las palabras del muchacho era tan difícil como cosechar guayabas de un plátano. Sin embargo, repetía uno de sus cuentos sin cesar, y al oírle hubiérase dicho que eso era lo único notable en su vida.

—"Estábamos anclados en una isla llamada "Canastilla de Flores", y los marineros capturaron un montón de papagayos. Los enseñaron a blasfemar... luego andaban por el buque blasfemado terriblemente... Miramos hacia el mar y vimos un galeón español... Soltamos los papagayos y dispusimos el abordaje... Los papagayos se lanzan primero sobre los españoles Eran muchos papagayos... Picoteaban con furia en los ojos... Los españoles manoteaban y saltaban locamente... Un artillero ciego prendió fuego a la Santa Bárbara... La explosión lanzó los papagayos irradiándolos de su centro como ojos de mil colores... Cayeron en racimos, y luego en espiral... En espiral se los tragó el mar... Blasfemando terriblemente".

Esa era la clase de cuentos que nos contó. Sólo sabía hablar de estúpidos papagayos. No tuvimos oportunidad de enterarnos de nada más. Dos días después volvió a desaparecer. Nunca más lo hemos visto.

Esta es mi narración, y os aseguro que cosas por el estilo están ocurriendo en Puertadegolpe. El buque no regresó; pero no sé por qué todos suponemos que alguna de estas noches ventosas le veremos reaparecer con todos los fantasmas perdidos. Cuando venga os aseguro que será bienvenido.

Hay una muchacha fantasma que no se ha cansado de esperar el regreso de su amado. Todas las noches puede vérsela sentada en medio del campo, con la mirada fija en el cielo en espera de ver aparecer allí las luces de los mástiles entre las estrellas. Es lo que yo llamo una muchacha fiel a su amor.

El campo del tendero no quedó dañado por la visita del barco, pero desde entonces los boniatos tienen sabor a ron.

en torno a la poesía y los poetas

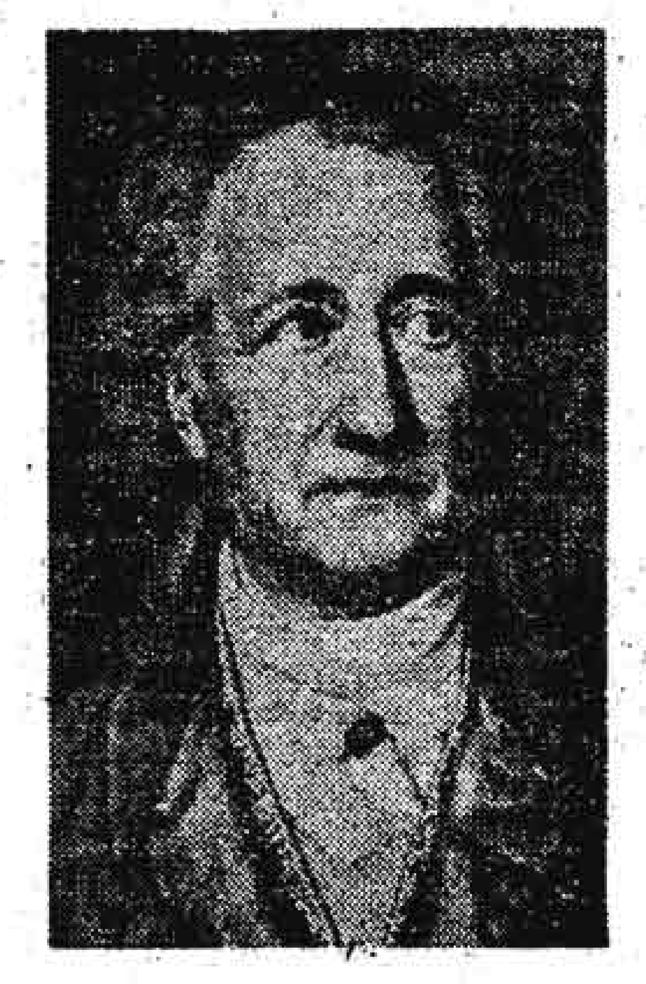
por ambrosio fornet

Me ocupo aquí de una faceta secundaria del hecho poético: llamémosla histórica o sociológica, en oposición a la esencial, la estrictamente ontológica. A esta última pertenece no el poema, ni la personal actitud del poeta, ni sus relaciones con nosotros ni por supuesto, nuestra posición ante su obra, sino solamente **el acto mismo de creación** y su interno significado. Será partiendo del "instante creador" que podamos realizar por cuenta propia descubrimientos ontológicos universalmente válidos. En ese plano ha de ser tratado, creo, el fenómeno poético —y artístico— en cualquier análisis que, colocándose a la altura del tema, quiera ser auténtico y esclarecedor. ¿Por qué ocuparnos de una faceta indudablemente secundaria? En primer lugar, por modestia. Se trata, desde luego, de esa audaz modestia de quien estima que no puede haber pensamiento fructífero sin ella. En segundo lugar, por creer que sería inútil partir desde donde aún no se haya llegado por pasos propios. Que la palabra, sea, por ejemplo, "la morada del Ser" me parece, por intuición, una verdad profunda. Pero precisamente por ello reclama del pensador tal cantidad de reflexión y análisis, que no me atrevería a citarla sin antes certificar que ha pasado a ser "verdad en mí" como consecuencia de un arduo proceso de asimilación y comprensión del límite último de su significado. Para mayor provecho de todos, esperemos que sean nuestros intelectuales jóvenes familiarizados con el pensamiento y la peculiarísima terminología heideggeriana quienes nos propongan, en lenguaje propio, sus personales conclusiones. Entre tanto charlemos en la superficie, con la seguridad de que no descubriremos filones valiosos, pero tampoco correremos el riesgo de perecer ahogados.

II

Como fenómeno social, la manifestación más inquietante de la poesía post-romántica radica en el gradual distanciamiento que va operándose entre el poeta y el público presumiblemente lector. Durante la Primera Guerra Mundial y años subsiguientes es ya cosa escolástica y problemática. Ahora bien, lo que se integra alrededor de focos de inquietud franceses, se convierte en problema público; no olvidemos que la Estética insiste, casi desde su inicio —y esto es algo que todos habían aprendido— en que el arte es "un asunto inmortal de la humanidad". En el siglo XVIII —dice Dilthey— "la poesía alemana se impuso como poder imperante al adquirir conciencia, por la reflexión, de la fuerza espiritual que obraba en ella y de su capacidad genial de crear un mundo propio". Es decir, que lo que hasta entonces había sido referido al **quid divinum** y tratado tímidamente como cosa misteriosa, "adquiere conciencia por la reflexión", lo que equivale a decir que se explica y justifica al nivel mismo de la ciencia, apelando a lo discursivo. "Y cuando se tuvo la encarnación de esta capacidad genial en Goethe —reanudamos la cita de Dilthey—, se concretó este conocimiento básico para la poesía: la poesía no es la imitación de una realidad anterior a ella; la facultad estética es una fuerza creadora que engendra un contenido no dado en ningún pensamiento abstracto, que trasciende la realidad y hasta constituye un modo de contemplar al mundo". Esto es ya dejar atrás vagos estremecimientos y entrar de lleno en la gnoseología de la creación. Si en poesía —como en arte— iban a operarse hondas transformaciones y rupturas, allí, en los descubrimientos primitivos, se encontraría lo que primero requiere el hombre a la hora de las rupturas y transformaciones: una justificación.

Hablo, naturalmente, de la justificación discursiva y racional. En lo social, el poeta no necesita sino mirar en derredor para comprobar que el tiempo en que a un Petrarca le ofrecían corona de poeta, simultáneamente, Roma y París, era un tiempo irrevocablemente pasado. El inicio de la era industrial hacía años que envilecía y rarificaba una atmósfera que antaño fuera excepcionalmente propicia; romanticismo y simbolismo, agotados, eran ya sinónimos de mediocridad y fatiga; la guerra había resquebrajado valores que hasta entonces parecieron "eternos". En pie, de ese mundo que creyó alegremente en la evolución de la especie y el progreso ininterrumpido, queda sólo una sensación de vacío y de fracaso. Era, pues, el momento de crear. Pero el momento de crear a partir de un arte desligado y desgarrado, que ni quería ni podía hallar firmes vínculos en un mundo reducido a vejez, fraude y universal destrucción. Para el poeta, el vacío era casi absoluto. No ya que la proyección anterior de la poesía y un contenido presupuesto fueran material herrumbroso, sino que el instrumento mismo del oficio había sido desposeído y ultrajado. Es decir: la Palabra se hallaba mortalmente enferma. ¡Terrible descubrimiento, que pronto lo será también del hombre contemporáneo! La palabra había dejado de ser referencia, había cesado de significar y era apenas un signo sin sentido usado como moneda corriente de fariseos. La lucha consistiría, pues, en recuperar con toda su pureza la misión adánica a la que el poeta estaba destinado: había que aprender a **nombrar** de nuevo. Pero muy pronto el poeta comprendería la enormidad de la tarea; en efecto, para poder nombrar tendría que recurrir a otras palabras e inventar muchas nuevas, ya que las viejas, por un lado, se hallaban contaminadas o vacías y, por otra parte, las realidades mismas que debía nombrar eran ahora diferentes.



Wolfgang Goethe



Walt Whitman

(No todo había sido, por supuesto, claudicación y desfallecimiento. La sola aparición de un Rimbaud, por ejemplo, que decidió ser, en el más alto sentido de la agonía, un poeta —un **vidente**— dignificaba el pasado y ofrecía una perspectiva vastísima a la poesía posterior. Décadas más tarde las **Elegías de Duino** mostrarían hasta qué punto la aparición de un gran poeta es uno de los fenómenos más imprevisibles del universo).

En el terreno social que nos ocupa, el distanciamiento comenzó a hacerse ostensible tanto en lo físico como en lo estético. Los artistas se refugiaron en "colonias de artistas" y decidieron unánimemente que, para el loco tronar de los cañones, sólo había un remedio sensato: taponarse los oídos. La Suiza sin hambre, sin dolor y sin muerte —que, a propósito, era también la Suiza que gracias a siglos de paz y seguridad había logrado, como suma realización artística, los relojes de cucú— según la profunda observación de Orson Welles— constituyó el foco geográfico del distanciamiento. En lo estético, éste se mostraría con la aparición de innumerables poetas que, como el filósofo Heráclito, merecieron el título de "oscuros". El poeta se alejaba del medio al sentirlo inestable y ver la pública somnolencia; el público, por su parte, abandonaba al poeta en vista de su lejanía y justificaba su actitud con esta queja: el poeta se había "oscurecido", ya no había manera de entenderlo. Para el burgués, las del arte y la poesía parecían rebeldías gratuitas, rebeldías "sin causa". Para decirlo con una expresión que atañe



Luis de Góngora y Argote



Arthur Rimbaud

subterráneamente a la poesía, aquella rebeldía era algo que "no tenía nombre". Muy pronto, sin embargo, habría de tenerlo. Y nombres que, como la protesta, no remitían a ninguna realidad conocida, nombres —por decirlo así— pletóricos de arbitrariedad. De **Dadá**, según el propio Tzara, sólo podía decirse esto en concreto: que no significaba nada. En suma, que el divorcio, no sin escándalo, se había consumado. Fueron perfilándose un público cada vez más indiferente y un poeta cada vez más oscuro y remoto. En general, pocos hicieron hallazgos profundos y los concretaron en una gran obra individual. Amplia fué, sin embargo, la labor de investigación. Ya como consecuencia de los descubrimientos iniciales de la Estética alemana, otros descubrimientos capitales para la poesía se sucedieron. El poeta se hi-

zo investigador, y al cabo, aquellos que tenían "algo que decir" se encontraron en posesión de una ilimitada capacidad para hacerlo. Luego, el surrealismo, por ejemplo, para citar el caso más conspicuo, significó no sólo el hallazgo de un "modo" de decir poético, sino el descubrimiento intelectual de la esencia y la mecánica misma del acto creador. El poema suprarrealista pretende ser lo que el acto creador, de hecho, es: algo ajeno a la razón y la lógica, a la ética, a la previa disposición estética, a todo propósito extra-poético. En una palabra: algo totalmente **incondicionado.** Significa esto que el surrealismo dijo en alta voz y no sin escándalo lo que todo gran artista ha sabido desde siempre en silencio: que no hay creación sin libertad, que la creación es la absoluta libertad.

Pero de afirmar, como hiciera la Estética, que el arte era "un asunto inmortal de la humanidad", a escribirlo con mayúscula y hablar tendenciosamente de "Arte por el Arte" —lo que en rigor no significaba mucho— había un ancho trecho que saltar. Fué salvado, en efecto, de un salto; pero olvidando que sólo sería válido como "salto", es decir, como algo dinámico y por consiguiente, transitorio, algunos pretendieron hacer de las alturas una posición permanente. Entre los novisimos **teopoetas** que eran, además, auténticos poetas, proliferó ese espécimen que —tanto en arte como en las más sencillas actividades humanas— podrá ser cualquier cosa, menos una novedad: el farsante. Cierta poesía comenzó a hacérsenos extremadamente sospechosa. Nos preguntamos no sólo si los valores que se la suponían eran reales, sino si ella misma era **realmente** poesía; es decir, no sólo fueron puestos en tela de juicio tales o cuales valores formales o de contenido en esta poesía sino el ser mismo de ella, su propia condición de poesía en cuanto tal. Apoyados en las solemnes razones de la Estética y en la gloria de los auténticos teopoetas, muchos hablaron de poesía en un tono que casi la identificaba con la religión y la ciencia; y en consecuencia, muy pronto ellos mismos empezaron a creerse sacerdotes y científicos. Mas, esto era provocar —permítaseme decirlo así— que con el caballo troyano de la Estética irrumpiera en la poesía la legión del dogmatismo. Un dogmatismo que iba a minar el sentido mismo del ser poético, que éste no es, como el ser parmenídico, algo inmóvil e inmutable: nadie escribe dos veces auténtica poesía inspirado en el mismo río.

Relegado el momento de las disquisiciones, muy pocos inquirían ya **dónde** radicaba la trascendencia, **cuándo** la poesía constituía un modo de contemplar al mundo. "Yo, como poeta, soy un dios; por consiguiente, ni tengo por qué indagar, ni admito que me interroguen. O se me adora, o se me niega; y en este caso se estará negando un culto inmortal de la humanidad y sobre el atrevido caerán la maldición y la vergüenza". Ante dioses tan soberbios, nos estremecimos. Como el personaje de Eurípides, murmuramos aterrados: "No despreciaré yo a los dioses, que mortal soy". Los teofarsantes se entregaron a construir lo que parecía ser un Super-Estado poético; la poesía amenazaba hacerse totalitaria. Nuevas voces de protesta se escucharon, y ya no partían precisamente del somnoliento burgués. En un artículo publicado en **Ciclón**, el escritor polaco Gombrowicz atrevióse a decir dos cosas terribles: que el poeta sólo escribía para los demás poetas; que sólo los demás poetas leían las obras del poeta. ¡Todo un gremio de autores-lectores alimentándose en hbedomedarios artísticos y publicaciones mensuales de arte y literatura! Esto ya no era un problema estético: era un problema patético. Algunos murmuraron que se hacía cuestión apremiante tratar de salvarse del ridículo.

III

Empero, no se trataba sólo de eso, ya que en tal caso todo se hubiese resuelto con una espontánea carcajada. Se trataba de saber si aún era posible reconocer en un poema ese altísimo y al mismo tiempo profundo soplo que nos hiciera pensar en la autenticidad. Porque teníamos necesidad de buenos poetas, como la teníamos de buenos zapateros, médicos o gobernantes. Matar al poeta como dios no podía significar en modo alguno que buscáramos inaugurar la era del antipoeta deificado. No queríamos poetas olímpicos, pero tampoco tenderos olímpicos. En suma, no se trataba de una lucha de clases, sino de una campaña de sanidad y limpieza. Sólo repudiábamos el engaño y el fraude; sólo exigíamos autenticidad. Y para el poeta su Ser mismo consistía en ser auténtico y limpio o renunciar al nombre de poeta.

Aspirábamos a sumergirnos en la poesía —no a detenernos estupefactos ante ella, no a realizar acrobacias intelectuales con ella, sino a sumergirnos en ella a través de una efectiva participación, como diría Pfeiffer, sentimental, estética y emotiva. —Y confío, a estas alturas —lo digo por los guardianes de la pureza— que "sentimental y emotivo" se entenderá debidamente como referido a nuestra participación en el poema, no al contenido o proyección del mismo.

¿A dónde, pues, remitir el problema? ¿Debía el poeta, acaso, escribir, como suele decirse, "para el pueblo"? Esto, planteado así, es a todas luces ridículo. Me atrevo a opinar que el poeta, hoy, tiene que escribir **en** hoy y **en** nosotros —evito decir **para** con el fin de soslayar falsas conclusiones— pero afirmar que ha de escribir "para el pueblo" o que éste pueda hacer juicio definitivo sobre la obra poética sería, más que una tontería, algo muy semejante a la estupidez. Lope daba al pueblo, puesto que pagaba, su ración de necedad; Góngora, por su parte, no transigió en el conformismo. Pero, he aquí una verdad incuestionable: tanto Góngora como Lope, cada uno a su manera, son auténticos poetas. Es cierto que hoy, contra lo que sus contemporáneos pudieron suponer, cualquier lector habitual de poesía confesaría, sin distinguirse por su originalidad, que Góngora le satisface más, que es más de su gusto, que lo siente "más cerca". Pero tal selección no implicaría la negación de Lope como un gran poeta. Lo que hemos olvidado con increíble ligereza es esta verdad elemental: que no se trata de "escribir para el pueblo", de transigir o nó, de asumir posturas; siendo ésta, en efecto, una cuestión de esencia y no de accidente se trata, en rigor, de **ser.** De ser, en este caso, un auténtico poeta.

¿Qué podría significar "escribir en nosotros y en hoy?" Fácil sería decir qué **no** significa, pero estamos obligados a intentar una posible definición; digamos, pues, que en principio significaría asumir en su pureza original la esencial actitud de la lírica.

Pasando por alto diferencias formales, recordemos que, en oposición a la épica, que prefiere como tema de inspiración un remoto pasado en que los personajes puedan cobrar estatura de héroes y semidioses, la lírica surge como una manifestación individual **hic et nunc,** la manifestación desde el **aquí** y el **ahora** de un individuo vivo situado en el más histórico presente. El decir de Manrique

No curemos de saber
lo de aquel siglo pasado
qué fué de ello;
vengamos a lo de ayer,
que también es olvidado
como aquello

refleja con bastante precisión la actitud del nuevo poeta. Así, Arquíloco canta con preferencia las iras y las peripecias individuales de Arquíloco y en alguno de sus yambos, como para insistir en su ruptura con el "pasado heroico", confiesa haber abandonado el escudo en batalla satisfecho de que, en cambio, salvó la vida. Esto se halla a tal distancia de lo heroico y de la mentalidad del hombre de la **polis,** que no ya los héroes homéricos, sino ni el último de los griegos se hubiese atrevido a confesar. Surge, pues, la lírica como el auténtico testimonio de un individuo viviendo un estricto presente y tratando de manifestar en él su auténtica individualidad. Pero no ya que el **aquí** y **ahora** sean el ámbito original y natural de la lírica, sino que de hecho son el ámbito límite del hombre contemporáneo. Del hombre, claro está, que mira con justificada ironía al del siglo pasado y estima que, para alcanzar un alto grado de lucidez existencial, es necesario empezar por "no hacerse ilusiones". Pues bien: para este hombre no existe ya la total certidumbre de una continuidad histórica. Por vez primera en la historia de la humanidad —por segunda en la del cristianismo en particular— la idea del futuro histórico ha dejado de ser un supuesto indiscutible para convertirse en una probabilidad un tanto problemática. Sonreirán los idólatras del Progreso — y tú encogerás los patriarcales hombros, ¡oh, inefable Walt Whitman!—, pero los pulsadores de la existencia saben que nuestra lucha, más o menos denodada, se asemeja hoy como nunca antes a la de nuestros prehistóricos antepasados —en el hecho de ser una dramática lucha por la supervivencia— con la diferencia de que nosotros **sabemos** que existen un mundo, una civilización y una humanidad que **pueden** ser destruídos. "¿Usted cree?" —se me dirá con la dulce ironía del avestruz. Pero sería ocioso responder, porque no se trata de que unos crean y otros duden, sino de algo mucho más concreto e importante: de que **eso,** como posibilidad, ha de ser, y de hecho es, una presión actuante en la conciencia del hombre (lúcido) de hoy. Y aún en su íntima soledad —precisamente en ella— es el poeta quien asume la problemática humana en total, en cada una de sus posibilidades y manifestaciones, y no podría ignorarlo sin poner en entredicho su receptividad de poeta. Ayer aún, sin cometer auto-negación, tenía en su torre de marfil una dorada salida de emergencia: la posteridad. Podía confiar en que, tarde o temprano, ésta se abriría para descubrirlo y comprenderlo. Hoy, esa incierta salida ha sido violentamente clausurada. Diríamos que lo que la reacción de miliares de burgueses no logró, lo consiguió la física nuclear con una simple reacción en cadena. (Y si no fuéramos testarudos, esto sólo bastaría para convencernos de que la Ciencia es infinitamente más importante que el hombre).



Miguel Hernández

En vista de la situación, "escribir en nosotros y en hoy" podría significar también descubrirnos la realidad tal como se manifiesta en un mundo que ya no sólo "acaba" con mi muerte, sino que ni siquiera me permite, con certidumbre, el precario consuelo de una inmortalidad histórica a través de mis hijos y los demás. Quizá signifique también hacer acto de universal protesta hacia un mundo en el que, digámoslo con Miguel Hernández,

nada es por voluntad de ser, por gana

un mundo que, por otra parte, se ha ido deshumanizando de una forma tal que ha llegado sentir la urgencia de ser estimulado en lo que aún pueda quedarle de espontaneidad y humanidad.

Hace falta recrear un lenguaje capaz de nombrar este paisaje nuestro de deshumanización, frenética locura de Anticristos y un horizonte horadado de humo y de bombas posibles. Quienes sentimos su necesidad, opinamos, como Gracián, que no está el mundo para ser tomado de asiento; que no hará sino agrupar palabras el poeta que se desentienda de la dramática realidad que nos abruma; que la poesía de hoy que no se inspire de un modo u otro en nuestra humana —o inhumana— realidad no estará siendo poesía, sino decoración; es decir, no estará expresando vivencias, sino sólo tratando de provocar una impresión estética. Y esto ya sería, además de un fraude, una imperdonable falta de originalidad.

V

Lejos estamos de pedirle a la poesía que se imponga un **tema.** La única ley del creador sigue siendo **crear.** Lejos estamos de pedirle que se convierta en instrumento. La poesía como instrumento se llama manifiesto, publicidad, teología, superstición o ciencia, y precisamente lo que le hemos pedido es que no sea otra cosa que auténtica poesía. Pero tras las ráfagas de una poesía que nos dejaba hartos de palabras y hambrientos de grandeza y vitalidad —poesía hecha "en el día" y a la moda del día—, nuestra reacción había de ser algo muy semejante al grito de protesta. A la irritación del burgués que "no entendía" siguió la

del hombre que comprendía perfectamente que aquella Nada poética lo abocaba a la Nada ontológica; y no quería excusar al poeta incapaz de hallar una axiología profunda o recuperar la eternidad de otros viejos valores.

Gambrowicz, a quien ya citamos, entre algunas superficialidades dijo una verdad que estaba reclamando gargantas de almuecín: que la poesía —como el Estado, la técnica y otras creaciones humanas— se había constituído en "gran poder" haciéndose "mayor" que nosotros mismos; es decir, convirtiéndose en un monstruo al que no podíamos aproximarnos sin estupor. Hoy, entre la Nada a nuestras espaldas —yo diría que más bien a horcajadas que detrás de ellas— y un Dios colocado entre paréntesis allá en el horizonte, se ha instalado el monumental imperio de las Cosas, gobernado por las legiones de la Técnica, en un mundo que a ambos lados pretende ser el mejor de los posibles, un mundo "óptimo" capaz de convertirnos a todos, a la sombra misma de las bombas y la muerte (si no la de todos, sí la inexorable de cada uno), en unos buenos optimistas. En este mundo mecánico y mistificado, de Palabras nuevamente enfermas, Utopías diestras y siniestras, Etiquetas divisorias, Cosas que nos poseen en lugar de ser poseídas y Anticristos como Dale Carnegie —para citar sólo uno de los más inofensivos en apariencia— el hombre se pregunta si es lícito que el poeta se preste a certificar la muerte definitiva de la esperanza.

VI

"No importa el contenido que una poesía pueda ofrecernos, ni las ideas que exprese, ni la ideología que profese; lo que importa es su realización verbal". No estimo ocioso aclarar, puesto que hemos hablado casi exclusivamente de la actitud del poeta y el contenido de la poesía, que estimamos acertada —aunque discutible— y válida la afirmación de Pfeiffer que precede. No obstante, estimamos también que dicha manifestación es la justa reacción, compartida de antiguo por estetas y poetas alemanes, contra lo que ha sido llamado "la profundidad germánica". Una reacción, pues, contra el intelectualismo en la poesía, usado como pretexto para encarecer poemas horros de belleza formal. Recuérdese que el propio dios mimado de Weimar exclamaba desde su trono: "Tened por fin el coraje de entregaros a las impresiones, de dejaros deleitar, conmover y elevar, y aprender a entusiasmaros por algo grandioso; pero no penséis siempre que es inútil todo lo que no es pensamiento abstracto o idea". Obviamente, Goethe se estaba dirigiendo a un auditorio germánico. Nosotros, antes de hablar de "pensamiento abstracto" o "ideas" tendríamos que referirnos a la "Palabra abstracta", que amenazó sustituir la imagen poética y el pensamiento mismo. El equilibrio consistirá en oponer, o más bien anexar, a toda reacción contra el "puro formalismo", una reacción de igual intensidad contra el "puro intelectualismo". La forma importa como cosa fundamental; el "contenido" subyacente importa como cosa fundamental. En poesía, por lo demás, no puede hablarse de "gran realización verbal" sin dar por supuesto, un contenido con pareja grandeza. Quizá, entre los misterios de la poesía, uno de los más interesantes sea éste: que todo auténtico lenguaje poético tiene en sí mismo un "contenido" tácito no agotable en conceptos, un contenido que se abre en múltiples posibilidades y lo que resulta aún más asombroso: se renueva ante diferentes perspectivas vitales, por lo que siempre ofrece nuevas posibilidades de exégesis y goce. Claro está que contenido o mensaje, al contrario que en la prosa, sólo adquieren valor en poesía cuando el instrumento de expresión puede ser considerado poético. Si la obra poética agrega al goce estético un mensaje de contenido profundo, el vínculo que establece con el lector es absoluto y la poesía, no sólo como quehacer del poeta, sino también como intento de comunicación, alcanza entonces su expresión más elevada.

No hubiéramos querido concluir, ya que nos referimos nuevamente a la cifra "poeta-lector", sin hablar de aquél que está llamado a descubrirnos la aparición del poeta. El crítico es, en efecto, uno de los lados del triángulo que nos atañe más de cerca. Sin embargo, hablar entre nosotros de Crítica, sería deslizarnos en la ingenua contradicción de esos ateos que con frecuencia se refieren o maldicen justamente aquellos que no creen que exista.

Cada uno de nosotros se verá obligado, pues, a mantenerse por su cuenta en acecho, aguardando que nuestro interés mismo llegue a constituir, más que una simple manifestación de esperanza, un efectivo llamamiento que no quede largo tiempo sin respuesta.

VIGENCIA ACTUAL DEL ESCRITOR

POR JOSE RODRIGUEZ FEO

A raíz del triunfo de la Revolución, un grupo de escritores sostuvimos dos "mesas redondas" por televisión para plantear la necesidad imperiosa que teníamos de utilizar las "armas" que los escritores podían poner al servicio de la causa revolucionaria. Esa era la intención "secreta" de nuestra comparecencia ante la teleaudiencia cubana, aunque algunos periodistas sin talento vieron en nuestra polémica comparecencia, única y exclusivamente, una impugnación de la clase periodística. Esto era falso, pues lo que sí se argumentó fue la necesidad de erradicar del sector a algunos escritores que le habían hecho el juego descaradamente a los principales personeros de la Tiranía. También se expuso la necesidad de que el escritor cubano no quedara, como en el pasado, marginado de una obra verdaderamente creadora dentro de nuestro programa cultural. En aquellos días, nuestros planteamientos fueron ridiculizados por periodistas que nunca han hecho otra cosa que cobrar una botella o de dedicarse a una labor que nada tuvo de cultural en sí.

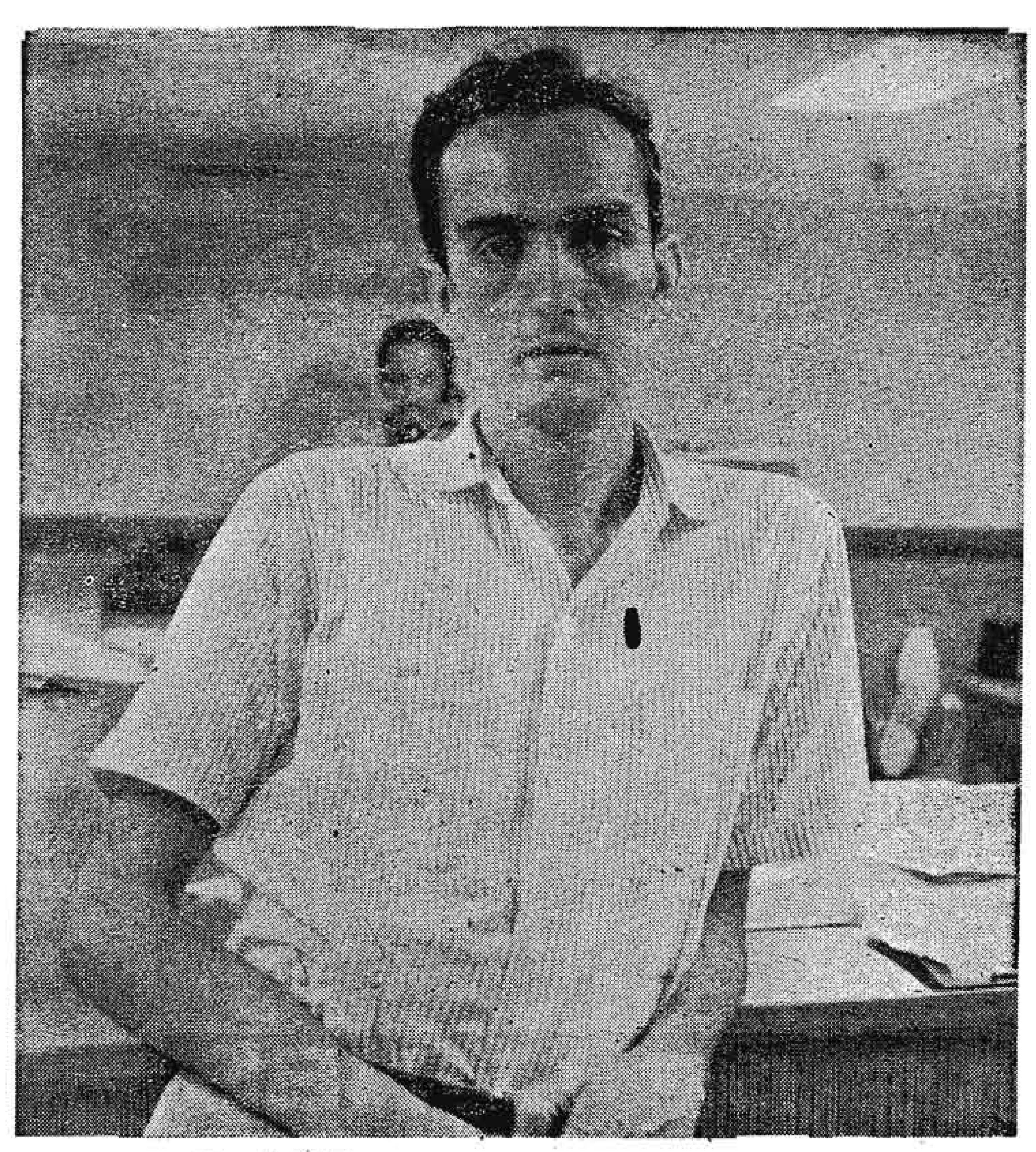
Ahora estamos observando con regocijo la reacción del Gobierno ante las posibilidades que le brinda el valerse y aprovechar el talento y la cultura de nuestros mejores hombres de letras. Para nadie es un secreto que muchas veces la pluma vale más que la espada. La campaña anticubana de la prensa americana ha demostrado hasta la saciedad el poder de la letra de molde. Necesitábamos hacer aquí lo mismo. Entonces, nuestras máximas autoridades empezaron a poner en juego los recursos implícitos en una utilización más inteligente de los escritores cubanos. Esta campaña no sólo se limitó a los cubanos, sino que aconsejados por los nuestros, el Gobierno Revolucionario empezó a invitar a una serie de escritores extranjeros para que nos visitaran y escribiesen, más adelante, de lo que vieron y oyeron aquí en Cuba. Así llegaron Waldo Frank, Miguel Angel Asturias, Carlos Fuentes, Martínez Estrada y otros muchos más. Se organizó un concurso literario por la Casa de las Américas que tuvo resonancia mundial. Ahora llegan a nuestra casa dos escritores distinguidos de Francia, Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir.

La presencia de estos escritores extranjeros no sólo ha tenido la ventaja de observar personalmente la obra de nuestra Revolución; también ha brindado la oportunidad a nuestros jóvenes escritores de conversar y enterarse de muchas cosas de cerca. Esto a la larga será beneficioso para nosotros y nos llevará a convivir en un mundo más amplio y fructífero de ideas. Así vemos cómo el Gobierno ha comprendido el valor que representa enviar a nuestros escritores en misiones culturales al extranjero y todos los días nos enteramos de alguien que sale para Londres, Nueva Delhi o Rusia en misión amistosa para estrechar los lazos espirituales entre todos los pueblos del mundo. Y dicho sea de paso, también ha sabido utilizar la experiencia y los conocimientos de nuestros mejores periodistas. Así Carlos Lechuga es nombrado Embajador. O nuestros pintores jóvenes son becados en Francia para que amplíen sus conocimientos. Pero lo importante a destacar es que estos intelectuales serán voceros de nuestra causa revolucionaria; y en la mesa de un café en París o Roma, en las aulas de una universidad o de un instituto, estarán conversando fraternalmente, con otros espíritus jóvenes y despiertos, de causas que les son afines.

Cuba así se ha puesto dentro de una corriente provechosa de intercambio cultural. Esto es algo que otros países ya han hecho con anterioridad, pues no es nada nuevo ver cómo otros gobiernos propician el intercambio de estudiantes y artistas, y cómo cada día se le da más importancia a los intercambios culturales. Los mismos Estados Unidos ya han llevado a cabo intercambio cultural y científico con la Unión Soviética.

Creo que ha llegado la hora que el Gobierno Revolucionario auspicie el intercambio de misiones científicas. Si ya hemos empezado con gran provecho a establecer estas relaciones entre nuestros hombres de letras y los de otros países, sería muy inteligente el intentar lo otro. Así podríamos invitar a algunos de los mejores científicos extranjeros a que nos visiten, dicten conferencias, den cursos en nuestras universidades. Saldrían ganando los jóvenes cubanos dedicados a las disciplinas científicas, que son quizás los que más necesitan de una orientación y de un ejemplo. Basta recordar la labor de los exilados españoles en México y lo que ellos contribuyeron al engrandecimiento cultural de ese país.

Una nación ya no vive aislada en este mundo en el cual cada día las distancias son más cortas y las ideas se intercambian con mayor rapidez. La penetración ideológica es tan excitante como la política, quizás más. Así la Exposición Rusa de La Habana nos da la razón de que una nación puede llegar más lejos para convencer a otras de las bondades de su régimen político mostrando sus adelantos científicos y culturales que sus bombas y sus cohetes. Nos toca a nosotros aprovecharnos de todos esos conocimientos y ponerlos en función dentro de nuestra obra creadora. Porque igual que es tarea sagaz y provechosa vender nuestros productos en todos los mercados del mundo, también señala al gobernante inspirado e inteligente el saberse aprovechar de la sabiduría y de los adelantos del espíritu de otros pueblos para provecho y enaltecimiento del nuestro. No va esto en contra de lo cubano ni menoscaba nuestras posibilidades de superación intelectual, más bien confirma y ratifica que es cosa de sabios el aprender de otros.



Ricardo Vigón

VIEJA HISTORIA, LEJANO DESCONSUELO

POR MATIAS MONTES HUIDOBRO

Ahora todos tenemos algo más en común: el enemigo. Y entonces las extrañas, usuales y estúpidas a veces feroces discrepancias, se entierran, siniestramente se entierran. Y mientras hago las cosas comunes y corrientes, cruzar la calle, alargar la mano para detener el ómnibus, mover mis pies y mis rodillas, apretar el puño para no caer, sorprendido aún por un adiós a Vigón inesperado, siento también al enemigo dentro de cada palabra y gesto.

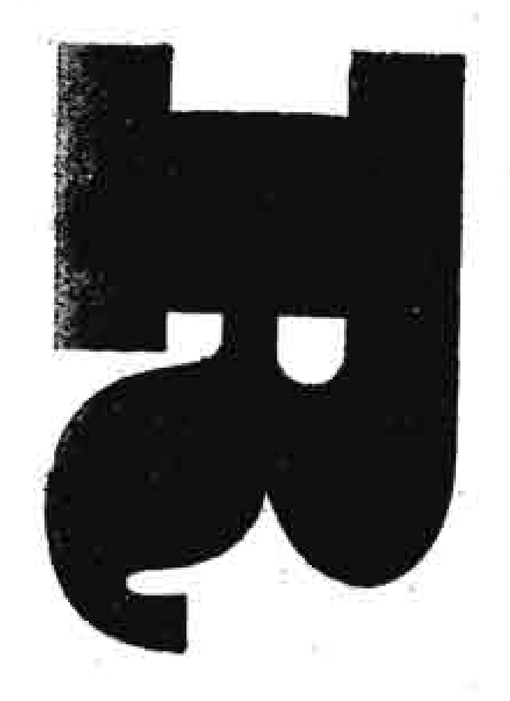
Ante la muerte, sólo queda el consuelo de encender un cigarro. Estamos desolados en medio de la tierra. Y nos consumimos en el vórtice de las palabras, las vanas ilusiones, los insulsos actos, el querer hacer, tantas cosas más, y la pretenciosa comedia de la trascendencia. La trascendencia de todas clases y formas. Las palabras del cura. Las ilusorias voces de la beata. El vivirá eternamente en el corazón de todos los ciudadanos. Pero lo fundamental está ahí, después de todo, el humo del cigarro y de la pipa. Por eso no entiendo por qué mis dedos y mis uñas y mis arterias y los nervios que conducen mis sentidos al cerebro y mis ojos sobre el papel y mi corazón enfermos, roídos por el mal, la enfermedad desconocida e incierta, se mueven para pensar en un dolor, en una muerte, en una pena. Es estúpido que nuestras podridas manos se desgarren, que insistamos en ese afán de persistencia. A la muerte, oponemos nuestro endeble recuerdo carcomido por la muerte. Somos demasiado cobardes y demasiado héroes.

De todos modos, somos hombres. Tenemos la desgracia de ser. Lo somos desde nuestro nacimiento. Alargamos la mano, detenemos el ómnibus, leemos el periódico, protestamos, renegamos de Ricardo aquella tarde en que fuí a ver "Pasiones Juveniles", tenemos pugnas, tenemos simpatías y rencores, recelos insufribles: estamos vivos. Ahora él ya no alarga la mano, no detiene el ómnibus, no lee el periódico, no protesta, no nos hace renegar por "Pasiones Juveniles", no tiene pugnas, simpatías o rencores. El hecho de vivir ha terminado. El hecho de morir ha terminado. Pero nosotros subsistimos aún, abrimos la boca y metemos la cuchara, alargamos la mano y tomamos el libro. La boca enferma. La mano herida. Frente a la muerte escribimos nuestras cartas, decimos nuestras palabras, apretamos los corazones. Pero comemos y leemos. Es lógico.

Y así los cuentos, las viejas historias contadas por mi abuelo y las nuevas contadas por mis nietos, se suceden: el cuento de camino. Y no es la pobre anciana con su palabra en Dios, menos o más cierta que aquel que habla de la obra realizada. Ni las apenadas voces a la puerta del teatro. Ni mi propia voz si dijera: quedan las obras, las acciones hechas más allá del tiempo. Somos pobres, en fin, demasiado pobres y también audaces.

Me pregunto pues, que historia hacer, con qué historia conformarme. Nuestra atadura al cuerpo nos abruma. Y su pérdida. Nuestra dependencia a las acciones realizadas nos resulta débil. De todos modos, estaremos muertos. Pero una necesidad de subsistencia nos reclama.

Recuerdo a Ricardo así, en lejanas tardes. Veloces instantáneas. Era un conocido solamente. El viejo Parque Central, la calle Zulueta, cineclub en Consulado, calles que adoraba en la Habana Vieja, la calle Prado, "Monsieur Verdoux", y hasta una foto en una escalinata. Calles y cosas subsistentes. Un rostro nervioso, un gesto nervioso y alterado. No éramos íntimos. No éramos afines. No teníamos los mismos gustos dentro de ciertos gustos comunes. No nos parecíamos en nada. Pero estamos atados. Y no es él precisamente. Una cuestión de espacio y circunstancia. El hecho de vivir y un mismo ataque, una misma lucha, un mismo afán por obtener la victoria, un común, detestable enemigo, asqueroso y pestilente que clama y llama.





DIRECTOR: GUILLERMO CABRERA INFANTE
SUB-DIRECTOR: PABLO ARMANDO FERNANDEZ
LAYOUT Y EMPLANAJE: TONY EVORA Y GUERRERO
FOTOS: KORDA ("COLON, PANAMA")

CARTAS DE LUNES

CARIDAD SE INDIGNA

La Carta de Zaida Carrera se anticipó a la mía, es decir a la que yo he querido escribir durante los últimos meses. Se trata del magazine de REVOLUCION. Como Zaida, yo también tengo muchos amigos que vienen a mi casa y comentan el destino del suplemento, su dirección, como está proyectado, y es más todos quieren hacerle sus modificaciones. Yo, más de una vez, me he puesto furiosa, pero ayer me dió la gran rabieta. Decir que LUNES es una promesa que no ha cuajado, ¡qué atrevimiento! En Cuba, y dudo que en Latinoamerica, se haya hecho jamás un suplemento de la calidad de LUNES. Dice mi amiga que Uds. van de lo pinto a lo maduro, que no saben donde ponerse. Un día elogian a la URSS y su exposición y otro día atacan el atraso de esta nación en las artes plásticas. Por eso yo leo a LUNES, porque es objetivo y valiente y porque no se ha afiliado a ningún concepto artístico determinado. Yo estudio Filosofía y Letras, tengo veinte años y me gustaría como Zaida colaborar con Uds. ¿Es posible?

Caridad Mesa
Brasil No. 60 Habana.

● **Estamos esperando a esos nuevos colaboradores.**

NO ES BROMA

¿Quién es Marinés Medero? Yo no estoy seguro si ustedes que siempre andan bromeando con la tipografía y el emplanaje de LUNES, también lo hacen con los colaboradores. Marinés bien podía llamarse Agabha o Virginia o Catherine, ser vieja e inglesa. A mi su cuento "Los Notorios" me ha molestado mucho. No dice nada. Marinés seguro que borda al crochet y toma te a las cinco de la tarde, no tiene nada que decir y se burla de ustedes y de nosotros. No más Marinés, cuando hay tanto Onelio Cardoso, Luis Felipe Rodríguez y Dora Alonso.

Camilo Suárez
Central Manatí Oriente.

● **Marinés Medero es una joven cuentista habanera de dieciséis años de edad, por tanto, aún no toma té ni hace crochet. Si ella se burla, es asunto de ella; y si usted es burlado, es asunto suyo.**

EL TEATRO NACIONAL

Los felicito de todo corazón por las tres páginas de fotografías que publicaron en el número anterior sobre el Teatro Nacional. De esta manera también se hace Revolución, aunque muchos no lo crean. Por ahí hay gente hablando mal de los directores del Teatro Nacional. Yo pienso que o son mal intencionados o tienen envidia y ambicionan un puestecito allí. ¿Después de ver esas magníficas fotos, hay quien asegura que el Teatro Nacional no existe?

Carlos Alonso
La Víbora.

ELOY VA AL CANTARO

Cuándo van a publicar una de esas novelas tan buenas de Nora Badía, seguro que ustedes ni siquiera se han enterado de "El Ultimo de los Alcantaras". Yo la oí en el radio hace más de cinco años y no la olvido. ¿Por qué no la publican y algunas de Caridad Bravo Adams que son magníficas?

Holguín, Oriente.

● **Se equivoca, somos fanáticos de las novelas radiales de Nora Badía y Caridad Bravo Adams. Tenemos siempre nuestro radio en sintonía. ¿Por qué publicarlas entonces? Limítese usted a escucharlas, para eso han sido hechas.**

ESTA BIEN, PERO...

El reportaje sobre el teatro Nacional es bueno, *pero hay algo que ustedes no dicen y que* nos preocupa mucho a nosotros, al público. ¿Por qué no se terminan las obras del teatro? El otro día, cuando fuí a ver el magnífico espectáculo de danzas y cantos folklóricos, por poco me rompo una pierna porque no había luz en el lugar.

Eloy Gutiérrez

Además, los ómnibus no dan un buen servicio, cuando terminó la función me pasé como media hora esperando.

Yo creo que todo esto se puede arreglar si hay un poco de buena voluntad y cooperación. ¿No creen ustedes?

Saúl Vergara
La Habana.

● **Lo creemos. Pero mientras tanto, le recomendamos la adquisición de una linterna.**